

Martín Caparrós

AMOR Y ANARQUÍA

**La vida urgente de Soledad Rosas
1974-1998**

*A Horacio Amigorena,
por aquella charla veneciana
y tantas otras.*

*“Los argentinos aguantan muchas cosas,
pero no toleran la anarquía.”
Ex senador Eduardo Duhalde*

*“La Sole se fue de lo linda que era.”
Los Redonditos de Ricota, “Esto es to-todo amigos”*

Quiero reconocerlo: lo primero que me llamó la atención fue su muerte. Los diarios la contaban y decían que había sido por una causa o un amor: en los últimos días de aquel siglo, las dos razones sonaban tan extrañas. Morir por una idea o por una pasión son dos anacronismos diferentes, pero participan de la misma esperanza: que más allá de aquí y ahora existe algo mejor, sin lo cual todo esto es muy poquita cosa.

La muerte de Soledad me llevó a la de su novio, Edoardo: este libro podía haber sido la historia de dos muertes solitarias -y por lo tanto misteriosas. Un hombre y una mujer que se amaron aparecen colgados de formas semejantes en una celda y una granja del Piamonte. Allí quedaban sus vidas, sus misterios: cómo saber qué pasa cuando dos mueren solos, cuando no dejan notas que lo expliquen, cuando dejan enigmas. Toda muerte es una certeza que despierta infinidad de dudas -y algunas, muchas más. Es verdad: sus muertes me llevaron a buscarles la vida. A primera vista sus muertes cambiaron sus vidas por completo: las hicieron dignas de alguna forma de la historia. Quizás, en esta historia, sus vidas puedan cambiar sus muertes: prestarles un sentido, darles vida.

Quería conocer sus historias: quería saber cómo se crece en la Argentina contemporánea, cómo el futuro que nuestro país no ofrece puede ser reemplazado por otros. Cómo una fugitiva se armaba una vida nueva en otro país -europeo, prestigioso. Cómo se hacía una militante en tiempos de neoliberalismo y olvidos y renuncios. Cómo una chica de Barrio Norte llegaba, en pocos meses, a convertirse en el Enemigo Público Número Uno del Estado italiano. Y por qué un Estado moderno edificaba con tanto cuidado la figura de sus enemigos -la figura del terrorista- y cómo terminaba destruyendo los monstruos que inventaba -porque los inventaba para eso. Quería saber si Soledad se inventó un enemigo, si Soledad fue un invento de sus enemigos: precisaba enterarme.

Eso fue hace dos años: eran tiempos que parecían vacíos. Después las calles de la Argentina volvieron a llenarse de personas -y también de muertes. Y Soledad Rosas empezó a tomar otros sentidos.

LA IRRUPCIÓN

Soledad gritaba. Esa mañana la habían despertado muy temprano, todavía más que de costumbre. Fue violento: hacia las seis y media una guardiana con voz de odio le había ladrado que se levantara:

-Rosas, arriba. Vamos, rápido.

Desde su llegada a Italia, ocho meses antes, Soledad había dejado de ser Soledad: allí todos la llamaban Sole. En Buenos Aires, antes, algunos la llamaban así, pero en Italia Sole era sol y le gustaba que su nombre se hubiera transformado en eso. Hasta la cárcel: en la cárcel no había sol y las guardianas la llamaban Rosas. Para ellas Rosas no era más que un apellido.

-Vamos, Rosas, no me hagas enojar.

Soledad pensó que le importaba tres carajos que la guardiana se enojara pero igual tuvo que levantarse. La mujer le dijo que la siguiera y la empujó suavito: no mucho, sólo para marcar que podía hacerlo. Soledad le preguntó qué pasaba, por qué se la estaba llevando y la guardiana le dijo que no sabía: quizás fuera verdad. Caminaron por un pasillo largo; todavía estaba oscuro.

La guardiana la llevó hasta una celda donde no había nadie, donde no había nada; Soledad entró y la otra cerró la puerta y la siguió vigilando desde afuera. Fue entonces cuando Soledad empezó a gritar. Estaba sola y sabía que no servía para nada, pero quería gritar: por lo menos les mostraría a esos hijos de puta que no iban a hacer con ella lo que se les cantara. Soledad gritaba y pateaba y puteaba, esa mañana, todavía más temprano que de costumbre.

Al cabo de un rato Soledad se calló. Nadie parecía escucharla, y además Edoardo le había dicho que era mejor tratar de reírse. Por suerte no la habían revisado y tenía su última carta en el bolsillo del pantalón: “Yo también lloro, sabés, sirve para descargar las tensiones. Pero reír sería mucho mejor”. Soledad se prometió que ese día haría todo lo posible por reírse.

“Sole, recibí tu carta, me contás cosas muy lindas y la fábula de la tribu india me hace acordar un sueño de la otra noche. Vos y yo habíamos alquilado un bajo eléctrico, un redoblante y un charleston. Vos tocabas el bajo y yo el redoblante y el charleston. Tocábamos como nos daba la gana y nos divertíamos mucho. Después hacíamos una fiesta y venían nuestros amigos y tocábamos con ellos; algunos bailaban, otros tocaban y todos se reían felices. Después vos y yo nos íbamos en una bicicleta a dar una vuelta, pedaleando un poco yo y un poco vos. Era de noche pero se veía porque había luna y estrellas. El cielo estaba límpido y en un momento llegábamos a un bello prado florecido, nos acostábamos, nos abrazábamos y nos dormíamos.

“Cuando leí que pensabas en tener un chico me acordé que esta mañana, mirando un programa de la tele que hablaba de la adopción, pensé qué lindo sería adoptar uno. Pero enseguida entendí, escuchando lo que decían, que era una cosa complicada, que la burocracia a menudo desalienta a los que lo intentan. (...)”

“Me mandaron unos recortes de diario con artículos sobre nuestro arresto. Me guardé una foto tuya, así si un día estoy inspirado me gustaría tratar de hacerte un retrato. Me gustaría hacerlo de memoria pero quizás sea demasiado difícil para mí. Quizás si un día un perro llegase a la casa donde vivamos podríamos tenerlo, si él quisiera estar con nosotros.

“Casi todos los días pongo el pan que hacemos en la ventana y los pichones vienen a comerlo. Algunos son muy lindos.

“Yo también lloro, sabés, sirve para descargar las tensiones. Pero reír sería mucho mejor.

“Te valoro tanto, querría abrazarte fuerte,

“tu Baleno”.

Baleno era Edoardo, su hombre, y Soledad releó varias veces el final: Edoardo no solía escribir mimos. Después se quedó callada, casi sin pensamientos, esperando algo que no conseguía imaginar. Pero la lectura la había reconfortado. En cuanto volviera a su celda le contestaría.

Ya debían ser las ocho, por lo menos: los rumores de la cárcel iban creciendo y una luz empezaba a filtrarse por la ventana alta. En la celda de aislamiento no había ni siquiera una manta, y hacía frío. Soledad pensaba en el retrato que quería hacerle Edoardo y se pasaba la mano por el pelo al ras: había tomado la costumbre de cortárselo todas las semanas y le gustaba el cepillito de su cabeza rapada, esa manera de rechazar el modelo de belleza de las publicidades. Ella había sido bonita como tantas, chiquita, bien formada, una cara agradable, y ahora había decidido cambiar su forma de ser linda: la belleza era la diferencia, atreverse a ser otra y ser ella. Se volvió a pasar la mano por el cráneo y se miró la camiseta roja: grandota, alguna mancha.

-Rosas...

La interrumpió la guardiana, casi en un susurro. Su tono parecía más amable: extrañamente amable.

-Vamos, Rosas, te tengo que llevar a la sala de coloquios. Te está esperando tu marido.

-¿Mi marido?

-Sí, tu marido.

Por un momento se confundió: seguramente quería confundirse. Después se sonrió: su marido, claro, no era Edoardo sino Luca Bruno, el compañero anarquista con quien se había casado un mes antes para conseguir la residencia. Ya había hecho varios intentos para que la dejaran ver a Edoardo pero todos chocaban contra la burocracia de la cárcel y del tribunal: como no los unía nada legal no tenían derecho a una entrevista. Soledad no se desalentaba: insistiría hasta lograrlo. Luca, en cambio, por aquel casamiento formal, tenía derecho a visitarla y ya había ido una vez: al fin y al cabo era un amigo, le contaría cómo estaban las cosas afuera, la distraería por un rato.

La sala era grande: a veces se juntaba mucha gente y el ruido se hacía insoportable, pero a esa hora estaba vacía. Luca la saludó con un beso y bajó la mirada: parecía intranquilo, confuso. Le preguntó cómo estaba y casi no escuchó su respuesta. Pero ella estaba cabreada y quería contarle por qué:

-Luchino, no sé qué les pasa a estos hijos de puta que esta mañana me agarraron y me pusieron en aislamiento. ¿Qué carajo están haciendo?

Luca seguía callado; los dedos se le trababan armando un cigarrillo. Después supuso que era mejor decírselo cuanto antes:

-Sole, no sé cómo empezar. Baleno está muerto.

-¿Muerto? ¿Cómo muerto? ¿Qué quiere decir muerto?

Balbuocé Soledad. De pronto el italiano se le volvía una lengua tan extraña: no entendía. O entendía demasiado. Luca no sabía si callarse o seguir hablando:

-Muerto, no sé, carajo. Me acaban de decir que se mató esta noche.

Soledad soltó un grito.

Esa mañana Luca se había levantado demasiado temprano. No solía despertarse a esas horas, pero tenía que visitar a Soledad y no quería llegar tarde. Cuando salió de la casa ocupada que llamaban el Asilo, en la vía Alessandria, recién empezaba a clarear. No tardó mucho en llegar hasta la cárcel de Le Valette: los sábados a esa hora los turineses todavía no atestan las calles con sus fiats.

La visión de los muros de la cárcel lo entristeció, como cada vez. Y después vinieron los trámites, las humillaciones: los guardias de Le Valette asumían que los parientes de los prisioneros formaban parte de los malos del mundo y se lo hacían sentir. Luchino ya había pasado los controles cuando un funcionario de la prisión lo llamó y lo llevó hasta una oficina. Ahí adentro estaban todos: los fiscales Laudi y Tatangelo, el jefe de la policía política Petronzi; mostraban caras graves. El funcionario de la cárcel no los presentó ni se perdió en preámbulos:

-Mire, lo lamento. Edoardo Massari ha fallecido.

-¿Qué?

-Eso, que está muerto, se mató.

El tipo trataba de parecer emocionado o -quizás- estaba emocionado. Hablaba muy bajito, como en un velorio, y le dijo que esa madrugada, a eso de las cinco, el guardia que hacía la ronda lo había en-

-Amor, ¿por qué, por qué tuviste que dejarme sola? ¿No pensaste en mí, mi amor no te alcanzaba? Después pensaba que era injusta, que quizás lo habían matado; después volvía a la indefinición y otra

vez los reproches. Novaro la abrazó: nunca se habían tocado pero Soledad se escondió en ese abrazo. Dos, tres minutos lloraba, sacudida, entre los brazos de ese desconocido que podía definir su futuro. -¡Qué egoísta, carajo, qué egoísta que estuvo!

Dijo, ya más calmada. Y siguió, con los ojos extraños de quien no se convence de que ya no es posible:

-Aunque lo condenaran, igual podíamos hacer una vida juntos; yo lo espero, yo puedo esperarlo. Novaro la miraba como si tuviera miedo de hacer el menor ruido. Soledad se sentó: estaba agotada. Miró a su alrededor: todo parecía falso. Ese día era falso, la cárcel, ese idioma que hablaban esos brutos, los guardias eran falsos, las detenidas que la mirarían con esa mezcla de simpatía y curiosidad eran muy falsas, ella misma ahora, pensando que todo eso era falso, era más falsa. Nada de todo eso estaba sucediendo en realidad. Soledad no creía que todo eso le estuviera sucediendo en realidad. No hay lugares para enterarse de la muerte de un amor, pensó, pero la cárcel es el peor de tantos imposibles.

-Se me ocurre una sola razón: si lo hizo, lo hizo para que no nos olvidaran acá en la cárcel.

Dijo Soledad y los cuatro señores se miraron sin saber qué decir. Pasquale Cavaliere, el consejero del partido Verde, había pedido verla. Junto con él estaban el escritor y senador de centroizquierda Furio Colombo, el subsecretario de Relaciones Exteriores Piero Fassino, el diputado verde Giorgio Gardiol, el concejal verde Silvio Viale y el vicedirector de la cárcel, Giuseppe Mazzini. Después Furio Colombo diría que creyó entender que Soledad decía: lo hizo por mí, para que me liberaran lo antes posible. Soledad no dijo eso. Soledad había decidido controlarse, no decirles casi nada a estos políticos burgueses que no conocía. Con Cavaliere quizás habría podido hablar, pero a los otros jamás los había visto. En todo caso no les daría el gusto de su dolor, de verla derrotada.

“Es una figura chiquita y frágil”, diría después Colombo, “que parece mucho más joven, y eso contrasta con la forma en que controla su dolor, que en ningún momento se volvió emoción. Una persona fuerte, que se expresa con claridad”.

-¿Dónde está? Dónde se lo llevaron ahora.

Dijo Soledad. No dijo un nombre, pero nadie dudaba de que había dicho Edoardo. Estaban en una habitación chiquita, las paredes de verde, un escritorio viejo, dos sillas baqueteadas. Todos parados, recelosos.

-Edoardo está en la morgue. Hay que hacerle la autopsia.

Dijo el funcionario. Se hablaban en susurros, como en cualquier otro velorio.

-Quiero ir a su funeral. ¿Me van a dejar ir, no?

Dijo Soledad, y enseguida empezó a pensar que eran todas mentiras. Por qué creerles a estos hijos de puta, se dijo, por qué aceptar sus palabras. Ella no tenía por qué creer que Edoardo se había suicidado. No porque lo dijeran esos hijos de puta, por lo menos. Hubo un silencio incómodo. Cuando se hizo evidente que ya no tenían más nada que decirse Soledad les dio la mano, seria: la mano, pero no las gracias.

-¡Mamá, mamá, me mataron a mi amor, me lo mataron estos hijos de puta!

Gritaba Soledad en el teléfono. “Fue la primera vez que conseguimos hablar con ella, justo ese sábado”, dirá su madre, Marta Rey de Rosas. “Sole nos pudo llamar por teléfono desde la cárcel el mismo día que mataron a Baleno”.

-¿Dijiste “lo mataron”?

-Eso piensa Soledad. Que lo mataron en la cárcel. Soledad me dijo por teléfono “me mataron a mi amado”. Yo le dije “por qué no pensás que a lo mejor fue una decisión de él y respetásela”. A mí no me interesaba mucho hablar de Edoardo en ese momento, cuando sabés que tu hija está presa y hacía tanto tiempo que no hablaba con ella. Pero a ella lo único que le importaba era decirnos “mirá lo que le hicieron”. Lo primero que me dijo cuando levanté el tubo fue “mamá, están grabando la conversación, cuidado con lo que decís”. Los abogados ya nos habían avisado que tuviéramos mucho

cuidado con lo que decíamos, con lo que le preguntábamos y con lo que le contestábamos. Yo le decía que quizás fue una decisión de él, que no pudo soportar verse ahí. Y ella decía que no, que lo habían matado: que estaba segura de que lo habían matado.

Soledad se sentía impotente, asustada. Poco después del mediodía una guardiana la había llevado a la celda de aislamiento. Pensaba que quizás la soltaran pero que ya nunca terminaría de salir de ese lugar: que algo se le había quedado para siempre ahí. Los habían usado, los seguían usando, y quizás la única forma de no dejarse usar fuera la que eligió Edoardo, pensó. O quizás no y el muy tonto se había apurado y la había dejado sola, sola, sola. Estaba sola, no tenía radio ni libros, pensaba sin parar y no terminaba de saber muy bien qué. Entonces se le ocurrió que tenía que escribir: frenar la mente y escribir, no permitirles que se quedaran con la última palabra, con esta historia, y escribir. No sabía qué: por el momento les escribiría a sus compañeros del Asilo. A esta altura ya debían estar en la calle protestando por la muerte de Edo, pidiendo su libertad, gritando, peleando con la policía.

Un rato antes le habían dicho que Edoardo había muerto a las 5 y 20 de la mañana. El forense había dicho que la causa de la muerte era “asfixia por estrangulamiento”. Las causas de la muerte nunca son las causas de la muerte, pensó Soledad. Y pensó que a esa hora ella dormía: no podía creer que todo eso hubiera sucedido allí mismo, a unos cuantos metros, sin que ella sintiese nada. Era tan extraño. Todos decían que Edoardo se había matado y quizás fuera cierto: quizás realmente había elegido la forma más definitiva de escapar a esa cárcel, de burlarse de ellos una última vez. Y ella, pensaba ahora, no podía reprochárselo: tenía que entenderlo. Su obligación era entenderlo y lo iba a intentar. Soledad quería acordarse de su hombre, recordarle caras y sonrisas, tonos de voz, caricias pero no: se hacía preguntas. La memoria es certezas; las preguntas le destruían cualquier intento de recuerdo. Y sabía que no sabía respuestas; intuía, incluso, sin decírselo, que prefería no saberlas. Que no le gustarían. Preguntas como una bola negra en la cabeza. Otra vez empezó con los gritos.

Lloraba. En verdad le parecía como si hubiera estado llorando desde siempre. Por suerte tenía unas hojas de papel y una birome negra. Para empezar fechó: era el sábado 28 de marzo de 1998 y pensó que de pronto esa fecha empezaba a ser tan importante:

“Compañeros: La rabia me domina en este momento. Siempre he pensado que cada uno es responsable de lo que hace, pero esta vez hay culpables y quiero decir en voz bien alta quiénes son los que mataron a Edo: el Estado, los jueces, los funcionarios, el periodismo, el TAV (“Tren de Alta Velocidad”), la policía, la cárcel, las leyes, las reglas y toda esta sociedad de esclavos que acepta este sistema”. Escribía Soledad y las palabras se le agolpaban en el mismo italiano que poco antes le había parecido tan lejano:

“Nosotros siempre luchamos contra estas imposiciones y por eso terminamos en la cárcel.

“La cárcel es un lugar de tortura física y psíquica, aquí no se dispone de absolutamente nada, no se puede decidir a qué hora levantarse, qué comer, con quién hablar ni con quién encontrarse, a qué hora ver el sol. Para todo hay que hacer una ‘solicitud’, hasta para leer un libro.

“Ruidos de llaves, de cerrojos que se abren y se cierran, voces que no dicen nada, que chocan en estos corredores fríos, zapatos de goma que no hacen ruido para espiarte en los momentos menos pensados, la luz de una linterna que por las noches te controla el sueño, correo controlado, palabras prohibidas. Todo un caos, todo un infierno, todo la muerte.

“Así es como te matan todos los días, despacio, para hacerte sentir más dolor, y en cambio Edo quiso terminar enseguida con este dolor infernal. Al menos él se permitió tener un último gesto de mínima libertad, decidir él mismo cuándo terminar con esta tortura.

“Mientras tanto me castigan a mí y me ponen en incomunicación. Eso significa no sólo no ver a nadie sino tampoco recibir ningún tipo de información, no tener nada, ni siquiera una frazada, tienen miedo de que yo me mate. Según ellos es un aislamiento cautelar, lo hacen para ‘salvaguardarme’ y así no se responsabilizan si yo también decido terminar con esta tortura.

“No me dejan llorar en paz, no me dejan tener un último encuentro con mi Baleno. Veinticuatro

horas al día tengo una guardia a menos de cinco metros de distancia.

“Después de lo que pasó vinieron los políticos del partido Verde a darme su pésame, y para tranquilizarme no se les ocurrió nada mejor que decirme que ‘ahora seguramente todo va a resolverse más rápido, ahora todos van a seguir con más atención el proceso, quizás hasta te den el arresto domiciliario’. Después de este discurso me quedé sin palabras, sorprendida, pero pude preguntarles si se necesita la muerte de una persona para conmover a un pedazo de mierda como este juez.

“Insisto, en la cárcel han matado a otras personas y hoy mataron a Edo estos terroristas que tienen licencia para matar.

“Voy a buscar la fuerza de alguna parte, no sé, sinceramente ya no tengo ganas pero tengo que seguir, lo haré por mi dignidad y en nombre de Edo. Lo único que me tranquiliza es saber que Edo ya no sufre más.

“Protesto, protesto con tanta rabia y tanto dolor.

“Sole

“P.D.: Si meterte preso es un castigo, entonces a mí ya me castigaron con la muerte o mejor dicho con el asesinato de Edo. Hoy empecé la huelga de hambre para pedir mi libertad y la destrucción de todas las instituciones carcelarias. Mi condena la voy a pagar todos los días de mi vida”.

Escribió Soledad, y se secó los ojos. Sería tan bueno si esa guardiana hija de puta dejara de mirarla. Sería tan bueno si pudiera dormirse.

UNA VIDA ARGENTINA

1. EL ORIGEN

El médico le había dicho que sería mejor que no tuviera ese bebé, pero Marta Rey de Rosas se empeñó: no lo abandonaría sin luchar. Además no había nada más enfrentado a sus convicciones cristianas que un aborto. No, decididamente pelearía -y que fuera lo que Dios quisiera.

Marta Rey había conocido a Luis Rosas cuando tenía 18 años y trabajaba como voluntaria en la Casa Cuna, muy cerca de su casa en el barrio de Constitución. Era el fin del año 1965: al gobierno del radical Arturo Illia le quedaban pocos meses, el pop local se llamaba Club del Clan y las polleras empezaban su ascenso incontenible, pero la revolución sexual de los sesentas era algo que nadie imaginaba todavía. Esa noche de Año Nuevo, Marta no tenía programa y una compañera de trabajo le insistió para que la acompañara a aquella fiesta. Ella, por supuesto, podría no haber ido.

Luis Pascual Rosas tenía 24 años, un padre suboficial mayor del Ejército Argentino, un empleo en una empresa de construcción y cierta prestancia: la palabra prestancia es de ese entonces. El flechazo fue casi inmediato; el noviazgo duró cuatro años. En 1969 la Argentina también ardía: el Cordobazo la había cambiado a fuerza de gritos y corridas. Marta y Luis se casaron en enero de 1970, por el civil y por la iglesia. Veinte días más tarde el padre de Luis, postrado por un accidente, deprimido, se tiró bajo un tren.

En aquellos tiempos un matrimonio joven de empleados de clase media podía tener ciertas aspiraciones: los recién casados pidieron un crédito en el Banco Hipotecario y se compraron un departamento de dos ambientes en Beruti y Austria. Todo el resto -heladera, juego de living, televisor en blanco y negro- también fue carne de cuota: Marta y Luis decidieron que, antes de tener hijos, tendrían que asentar su situación económica. Luis empezó a trabajar en el área comercial de un frigorífico.

En 1972 las cosas parecían encarriladas: María Gabriela Rosas nació ese 29 de noviembre. Nueve meses después, Marta comprobó que el saber común suele equivocarse: aquella idea de que una mujer que amamanta no puede quedarse embarazada también era falsa. Al principio Marta aceptó su llegada con resignación y alegría: hubiera preferido esperar un poco más pero, se decía, sus dos hijos crecerían tan juntos que podrían compartir muchas cosas. Sobre todo si llegaba otra nena. Y el aborto estaba descartado. Por eso cuando el médico le dijo que lo mejor sería cortar el embarazo, ella se puso dura: -Ni lo piense, doctor. De ninguna manera.

El médico volvió a explicárselo: le habían diagnosticado una fiebre reumática particularmente violenta y su embarazo impedía tratarla con penicilina. Los dolores podían ser terribles, tendría que pasar días y días en cama y, además, no había ninguna garantía de que el bebé lo soportara. Pero Marta se negó en redondo: ella sufriría los dolores que fueran necesarios para que su hija viniera a este mundo. Y, por si acaso, se acostumbró a pasar por la iglesia de Santo Domingo para pedirle a San Ramón Nonato, el protector de las embarazadas, que la ayudara con el parto, que el bebé fuera sano.

-Y, si podés, que sea una nena, San Ramón, por favor.

María Soledad Rosas nació en la clínica San Camilo, en Caballito, el 23 de mayo de 1974 a la una y media de la tarde: pesaba 3,450 y era una beba “grande, gorda, preciosa” -según su mamá. En esos días su familia se mudó a un departamento más amplio: cuatro ambientes en Beruti y Austria, a treinta metros del anterior. El país se despeñaba. María Soledad no tenía seis semanas cuando se murió el presidente general Juan Domingo Perón; sus enemigos festejaron poco, sus seguidores lo lloraron sin consuelo. Casi todos, en un momento u otro, lo habían considerado el continuador del brigadier general don Juan Manuel de Rosas. Por eso sus opositores hablaron de su gobierno como “la segunda tiranía”. La primera, desde siempre, había sido la de don Juan Manuel.

Don Juan Manuel de Rosas, el Restaurador de las Leyes, gobernó la Argentina con mano que muchos

dicen férrea entre 1829 y 1852, cuando lo derrocó una alianza confusa. Don Juan Manuel había nacido en 1793, hijo de una ganadera y un aristócrata -en una época en que esos dos términos todavía no eran sinónimos en la Argentina. Creció en el campo; mientras los abogados y coroneles porteños declaraban la libertad de la colonia, el muchacho correteaba vacas y maneaba potros: aprendió a hacerlo como pocos y, a sus 27, era el caudillo más respetado del sur de la pampa bonaerense -que entonces estaba en el norte de la pampa bonaerense. De allí a la gobernación de Buenos Aires no tardó ni dos años.

Era muy rico; por educación y por cálculo político le gustaba mezclarse con los pobres. Había sido compañero de los gauchos desde siempre; cuando decidió que sería poderoso se hizo amigo de negros y mulatos -los hijos de los esclavos liberados por la Asamblea de 1813- y, ya gobernador, solía bailar en sus candombes. Era -fue durante su larguísimo mando- un patriarca conservador, cristiano y autoritario que se opuso a los progresistas elitistas acercándose al pueblo y defendiendo cierta autonomía económica nacional contra la apertura comercial a las grandes potencias europeas.

En 1832 don Juan Manuel terminó su primer mandato de tres años: no quiso renovarlo si no le otorgaban facultades extraordinarias -y no las consiguió. Pero tenía un plan alternativo: mientras esperaba el momento de volver al poder, se lanzaría a la “Conquista del Desierto”. El Desierto era, en la Argentina del siglo XIX, el territorio poblado -y bien poblado- por los indios; su expedición lo pondría a disposición de la economía de los blancos y haría la fortuna de unos cuantos amigos que se convertirían en grandes hacendados.

La campaña fue grandiosa y triunfal: las tropas de don Juan Manuel corrieron indios hasta el río Colorado y llevaron la frontera de los blancos hasta la altura de Carmen de Patagones. El brigadier general se pasó más de un año en campaña; algunos días se aburría, pero una india mapuche solía amenizar sus noches. En aquellas circunstancias, matar y fornicar formaba parte de un mismo movimiento: los hombres a degüello, las mujeres a lanza. Don Juan Manuel era tan pródigo de su nombre como de su simiente: cuando la india le parió una hija la reconoció y la bautizó Fénix Rosas, por aquello de los renacimientos.

Fénix Rosas vivió en Mendoza hasta bien pasados los cien años y tuvo varios hijos naturales -a los que, falta de otro apellido, pasó el suyo. Uno de estos hijos, Pascual Rosas, fue el bisabuelo de Luis Pascual Rosas. María Soledad Rosas descendía del hombre más poderoso de la Argentina en el siglo XIX y de una india mapuche que fue su barragana: el general y la querida, una curiosa alianza del poder y la ilegalidad, la potencia y el sometimiento, el centro del centro y el margen más extremo.

Pero el cuadro se presentaba tranquilo, demasiado tranquilo. Una familia tan normal, una casa sin sobresaltos aparentes, una infancia sin historias. A sus tres años María Soledad Rosas empezó el jardín de infantes en la escuela donde pasaría los quince años siguientes. El Colegio Río de la Plata está a tres cuadras de su casa, en pleno Barrio Norte, y es una institución privada bilingüe con orientación cristiana: sus dueños y maestros son laicos pero enseñan la religión católica y sus alumnos, en principio, deben practicarla en la iglesia del Redentor, en Beruti y Larrea. Es un colegio relativamente pretencioso, de uniformes grises con algún vivo azul, doble escolaridad, mujeres solas y cierto orgullo de enseñanza paga.

“El Río de la Plata era una mezcla de chicas con dinero y de chicas de clase media a las que, con mucho esfuerzo, sus padres mandaban a ese colegio; ése era nuestro caso”, dirá Gabriela Rosas, la hermana de Soledad. “Mis viejos, con un esfuerzo enorme -vendieron la casa de Ranelagh- nos hicieron terminar en ese colegio. A ellos les importaba mucho que fuéramos ahí porque se suponía que la enseñanza era buena y, además, porque ellos habían armado su círculo de amigos un poco alrededor de los padres de nuestras amigas. Y por toda una cuestión... no de aparentar sino de una especie de ‘m’hijo el doctor’ más aggiornado. Como que las nenas tenían que terminar el colegio privado y saber hablar bien inglés, cueste lo que cueste. Porque la escuela pública no, y porque todo nuestro mundo giraba un poco alrededor de... fueron quince años ahí adentro, que también fueron quince años para

ellos ahí adentro”.

A su alrededor, el Barrio Norte es esa zona de la ciudad que, en los sesentas y setentas, se llenó de edificios de ocho o nueve pisos para los que preferían una “buena dirección” a un poco más de espacio en la sombra de una calle sin prestigio. Es el barrio de la clase media porteña que habla con acento pretendidamente patricio, vota conservador, va a misa los domingos: que querría ser “clase media alta” -aunque el dinero a veces no acompañe. El Barrio Norte es el punto donde la ciudad se empieza a hacer burguesa. No rica, burguesa: un barrio sin árboles ni ostentación, cuyo orgullo más notorio estaba en que todos lo creían un barrio del que se podía sentir algún orgullo. Ahora el Barrio Norte sigue sin tener árboles, pero tampoco le queda mucha vanidad.

Soledad tenía una vida ordenada, casi cuadriculada. Cada día se levantaba a las siete menos cuarto, se lavaba meticulosamente -meticulosamente es la palabra-, desayunaba y se vestía para ir a la escuela. Allí se pasaba casi nueve horas: no salía hasta las cinco de la tarde. Era una alumna correcta, aunque le pesaba el prestigio de su hermana. Gabriela era la estudiante modelo, con premios y cuadros de honor, y Soledad se esforzaba por estar a su altura.

“En la escuela le fue muy bien, aunque nunca fue como Gabriela”, dirá Marta Rosas, su madre. “Le costaba mucho estudiar pero tenía mucho amor propio, nunca se llevó una materia salvo en tercer grado que se llevó inglés. Entonces se preparó todo el verano, y aprobó. Me acuerdo que el día del examen salieron la profesora, Fabiana, y las demás chicas, y ella no salía. Yo le pregunté a Fabiana qué pasaba con Soledad y ella me dice ‘no sé, porque sigue leyendo y escribiendo’. Entonces le dije que le pidiera la hoja, porque yo le había dicho a Sole que antes de entregar la hoja la revisara y la leyera una y otra vez. Así que la tipa se podía quedar hasta las diez de la noche revisándola por miedo a no pasar. Y Fabiana me dice ‘pobrecita, hace una hora que la está leyendo’. Entonces fue y le sacó la hoja y por supuesto que aprobó. Vos no sabés la sumisión de Soledad. Como tenía una hermana tan brillante...”

Cada tarde, Soledad llegaba a su casa a las cinco, se bañaba y hacía las tareas escolares: en general tardaba, porque le costaba mucho concentrarse. Después se tiraba en la cama a mirar televisión: La Familia Ingalls, Heidi, clásicos de la niñez serena. Fuera de clase no solía ver a sus compañeras, pero tenía varias actividades complementarias: zapateo americano y bailes escoceses en el colegio a contraturno, tenis o piletta en el club Gimnasia y Esgrima.

Soledad compartía su pieza con su hermana: en verdad, compartía casi todo con su hermana. La pieza tenía un balcón a la calle, con defensa enrejada, donde vivía la tortuga; la perra, en cambio, vivía por todas partes. La perra era una cocker spaniel blanca y negra que se llamaba Lula, y las dos hermanas solían pelearse por el privilegio de meterla en su cama. La pieza también tenía un cajón amarillo donde las dos hermanas guardaban sus juguetes.

“Nuestra pieza era muy ordenada porque mamá nos torturaba con el orden”, dirá Gabriela Rosas, su hermana. “Era una cosa de hacernos ordenar la pieza cuatro veces por día. Si estábamos jugando con las barbies y queríamos empezar a jugar con otra cosa, era ‘no, tienen que guardar las barbies para empezar a jugar con otra cosa’.”

“Soledad tenía una obsesión por la limpieza”, dirá Marta Rosas, su madre. “No tenía problema en que te acostaras en su cama pero sólo si te habías bañado y cambiado la bombacha; si no, no. Por eso cuando tenían esas camas que se sacan ella dormía en la cama de abajo, porque no le gustaba que se sentaran sobre su colcha. Y había que ponerle perfume a las sábanas. Y después cuando aprendió a coser toda su ropa interior la tenía marcada. Una crucecita. A los seis años, una cosa así. Yo le enhebraba la aguja y le hacía el nudito y ella se hacía crucecitas en las medias, las bombachas, las camisetitas, porque... como las dos tenían lo mismo, y del mismo tamaño, entonces ella quería distinguirlas. Cualquier hilo estaba bien, ella sabía donde lo había marcado”.

Las hermanas solían jugar con sus barbies, pero más les gustaba ser sus propias muñecas: se pintaban, se disfrazaban, tenían un baúl lleno de vestidos y collares que les permitían convertirse en otras:

gitanas, damas antiguas, cachivaches. Aunque Soledad nunca jugaba a lo mismo mucho rato: no se quedaba quieta, nada le duraba más que unos minutos.

“Y nos peleábamos un montón por la ropa”, dirá Gabriela Rosas, su hermana. “Nos peleábamos porque a mí todo me duraba años, porque yo era muy cuidadosa con mis juguetes y doblaba la ropa, y a las muñecas de Soledad les faltaba el pelo, tenían los vestidos rotos. Entonces, cuando se le acababan las suyas, ella quería las mías”.

Cuando María Soledad cumplió siete años sus padres cambiaron los fines de semana en Gimnasia y Esgrima por una quinta que acababan de comprar en Ranelagh, al sur del gran Buenos Aires. Para las hermanas Rosas fue una pérdida: el club era su lugar de encuentro con amigas. Y Soledad no tenía tantas:

“Pobre, tenía mala suerte con las amigas que elegía”, dirá Gabriela Rosas. “En el colegio, y más en un colegio de mujeres, se armaban grupitos: o eras de las vivas o eras de las tontas o no eras nadie. En algún grupo tenías que estar. Ella, para sentirse que era de algo, siempre se enganchaba como cola de ratón de alguna. Terminaban cagándola, peleándola o haciéndola sufrir. Siempre llegaba llorando del colegio. Pobre, siempre terminaba sufriendo. Era muy sensible y trataba de agradar hasta el punto en que se rompía las pelotas y mandaba a todos al carajo. Entre el amor y el odio había sólo un paso. Había una discusión por cualquier pavada y no había un intento de ‘bueno, conversemos, vamos a ver cómo lo resolvemos’ o ‘me la como, está bien, la dejo pasar’. No; cualquier cosa era ‘pum, bomba, estallo, a la mierda’. Hacía un esfuerzo por agradar, por pertenecer, por ser aceptada y en algún momento se daba cuenta de que todo su esfuerzo no servía para nada y entonces sufría un montón y terminaba mandándolas a todas a la mierda y seguía solita o conmigo. Los recreos se venía conmigo o salía con mis amigas, cosas así. Por un lado era muy débil y tenía muy poco amor propio, ella no sabía cuánto valía. Y por el otro se defendía agrediendo. Creo que eso le pasaba porque no se valoraba a sí misma. Era una chica que vivía lastimada o rompiéndose los dientes. Cada dos por tres se caía de la bicicleta, se bajaba todos los dientes. Se caía en la bañera, se rompía toda. Se cortaba los brazos, se lastimaba las rodillas. Estaba todo el tiempo con una cicatriz, alguna marca, algún rayón en la cara y cuando jugábamos a disfrazarnos ella se veía siempre fea, horrible. Era hermosa, mucho más linda que yo. Pero siempre se lastimaba o se tiraba abajo”.

Los fines de semana en Ranelagh pronto se transformaron en el mejor momento. Las hermanas solían llevarse a alguna amiga del colegio para jugar a las muñecas, a las escondidas, a la mancha, para treparse a la casita del árbol o bañarse en la pileta. Pero nada se comparaba con las mañanas de domingo. Ansiosas, las hermanas se despertaban temprano y temprano despertaban a su padre para que las llevara a andar a caballo al parque Pereyra Iraola. Tenía que ser temprano: a las hermanas les gustaba estar allí cuando los caballos de alquiler llegaban a los palenques, mirar cuando los peones los cepillaban y ensillaban, combatir el frío con la excitación de la cabalgata por venir.

Luis Rosas aceptaba el sacrificio con placer: en la mitología del linaje Rosas el contacto con los animales, con el campo, era constitutivo. Gabriela andaba en un bayo, Soledad en un zaino colorado; a menudo terminaban en el suelo pero siempre se levantaban y volvían. El descubrimiento del caballo fue un corte para Soledad: una manera de encontrarse con un mundo distinto, con más cuerpo y con menos palabras, menos civilizado, pocas reglas muy claras. Un mundo donde ella podía llevar las riendas.

“Ellos tenían una quinta en Ranelagh en esa época, en la década del ochenta”, dirá Cecilia Pazo, su prima. “Íbamos en tren con mi mamá y mi hermano Diego. Yo tenía once años, Gabriela nueve, Soledad siete, Diego uno menos: la edad justa para disfrutar una quinta. Como no le dábamos pelota, mi hermano nos molestaba. Y siempre la que decía pobre Dieguito era Sole. Ella era muy compinche de Diego. Sole y Diego eran los más graciosos, los que hacían las cagadas. Gaby y yo acompañábamos pero los generadores de quilombo eran Sole y Diego. Me acuerdo de las macanas que nos

mandábamos, groserías bien de varón, jugar con eructos y esas cosas. Y Marta decía ‘tantos años del Río de la Plata invertidos para que terminen en esto’. Soledad era una señorita inglesa, pero cuando estábamos todos era una hecatombe”.

“En nuestra infancia Soledad era la quilombero, la que se peleaba siempre con todo el mundo: con los primos, con los amigos, con el grupo del barrio”, dirá Gabriela Rosas, su hermana. “Era muy linda, rubia, pelo largo. Siempre llamaba la atención por lo linda que era y por el carácter de mierda que tenía. A mi vieja se le iba un poco de las manos y yo empecé a hacerme cargo, no de la educación sino de la contención de Soledad. Ponerle bien los límites, sanamente. No encerrándola o pegándole o poniéndola en penitencia, que eran las medidas que mi vieja tomaba ya desesperadamente. No la sabía conducir, decirle ‘comportémonos un poco mejor en sociedad, hay algunas reglas que tenés que aprender para conseguir las cosas de buena manera’”.

Soledad no parecía entender las reglas. Era, entre otras cosas, incapaz de guardar un secreto.

“Se mandaba cada metida de pata que no sabés”, dirá Marta Rosas, su madre. “Vos no podías hablar nada adelante de Soledad porque después... No podías comprar un regalo con ella: por ejemplo, el cumpleaños de Gabriela: ‘bueno, Sole, vamos a comprar el regalo de Gabriela’. Después por ahí faltaba una semana para entregarlo, yo lo escondía en un placard con llave, para que Gabriela no pudiera encontrarlo. Pero Soledad hasta que se lo decía no paraba: ‘Gaby no sabés lo que te compramos, me parece que te va a servir, me parece que el color te va a quedar lindo’. Entonces la otra se ponía loca, y me preguntaba qué es, me decía ‘mirá lo que me dice’. Hasta que al fin terminábamos diciéndole ‘tomá, mirá, abrilo’.”

Sin embargo las reglas abundaban. La quinta, por ejemplo, se acababa temprano: cada domingo, la familia Rosas emprendía la vuelta a media tarde, porque las nenas tenían que ir a misa de siete en el colegio.

Las fotos la muestran en todas las fases de la felicidad. Las fotos suelen mostrarla al aire libre y es raro que aparezca sin un perro, y es más raro que aparezca sin su cara redonda, su pelo rubio repartido en dos colas de caballo, su sonrisa confiada. Las fotos la muestran con piletas, amigas, tortas de cumpleaños, hermana casi siempre, más perros, padres, madres, abuelitas. Las fotos la muestran en algún campamento del colegio, en vacaciones en el Uruguay Bariloche Iguazú Mendoza o la Patagonia, en sulkies autos patines triciclos autitos chocadores, en disfraces de gitana o de cocotte, en pijama malla vestidito de fiesta con volados bluyín campera para nieve jumper gris del colegio, en el momento de pintarse unos bigotes falsos o zapatear americano o bailar escocés o comerse un chupetín inmenso. Son fotos. Las fotos la muestran esperando un caballo, acariciando un caballo, domando un caballo, parada sobre un caballo, bañando un caballo, besando un caballo, pero enseguida viene el perro. Son fotos de una nena que parece contenta, fotos de grandes espacios y animales, de familia entusiasta. Se sabe que las fotos son recuerdos, que los recuerdos no se organizan para ser veraces. Cuando alguien decide qué fotos va a sacar y, más tarde, qué fotos va a guardar, está escribiendo esos recuerdos, censurando, construyendo un pasado feliz para el futuro casi impensable todavía. Las fotos, en cualquier caso, la muestran muy simpática.

Soledad entró en la adolescencia sin grandes alharacas. A sus doce un cambio en el espacio marcó el paso: su madre decidió redecorar la pieza que compartía con su hermana. Marta Rosas regaló los muebles infantiles y los reemplazó con dos camas anchas muy inglesas, muy femeninas, con colchas color crema y su muñeca encima. Y un espejo a juego, la mesita de luz entre las dos, un papel en las paredes de florcitas rosas: una auténtica habitación de señoritas.

Soledad solía quedarse en casa: ya no miraba La Familia Ingalls; ahora escuchaba a los Rolling Stones, los Redondos, Freddy Mercury, la Rock&Pop. Y no le interesaban las cosas que debían atraer a una chica de su edad: salía muy poco, no pensaba en ropas o peinados. Afuera la Argentina completaba la noche militar y entraba en las tinieblas económicas: los planes de Alfonsín no conseguían evitar una

inflación cada vez más grosera. La democracia era el juguete nuevo que todos valoraban y el Ejército la amenazaba para salvar a sus héroes de la justicia criminal: cuatro alzamientos en tres años ponían la casa militar en orden. Pero la calle no era ese espacio de riesgo que había sido antes, que sería después: ni dictadura ni inseguridad la amenazaban.

“A nosotros nos preocupaba que Sole no saliera, sí”, dirá Marta Rosas, su madre. “Nos parecía que no era normal para una criatura de quince años. No quiso que le hiciéramos su fiesta de quince... ¿Cómo no íbamos a estar preocupados si todo lo que hacían las demás, ella no lo hacía? Digo: ir a bailar, salir, comprarse ropa linda, vestirse bien.

-¿Y qué pensaban?

-Yo qué sé, que se iba a hacer monja, que iba a hacer un disparate de esos, que era una aburrida, que algo no le funcionaba bien.

-¿Y hablaron con ella de esto?

-Sí, y Luis siempre se recriminó que no tenía amigas porque nos íbamos a Ranelagh o a Villa Rosa. Y bueno, le decíamos que invite a quien quiera, que vengan, que hagan fiestas, que hagan lo que quisieran. Pero tampoco le interesaba. Decía “no, para qué, si me aburro, si son facheras, si solamente les importa la ropa, si están en la pavada”.

Soledad tenía pocas amigas del colegio: le molestaba su preocupación por cosas que creía banales.

A Soledad, cuando tenía catorce años, lo que más le gustaba eran los caballos. Los Rosas ya habían vendido la quinta de Ranelagh, pero cada fin de semana iban a la casa de unos amigos en Villa Rosa - un barrio de Pilar que después harían famoso Fernando de la Rúa y sus vecinos. Luis Rosas le compró un caballo a Gabriela y Soledad se quedó con un potrillo que nació allí mismo: su madre era tan fea que le decían la Lancha, su padre un pura sangre. El potrillo les pareció precioso. Lo llamaron Dos y Medio porque nació a esa hora, una tarde de agosto de 1987, y Soledad lo fue domando durante más de dos años con la ayuda de Omar, un vecino petisero de polo. Entre los dos lo fueron amansando: la tarea fue larga y más de una vez Soledad estuvo a punto de perder la paciencia: quería un caballo “que se pudiera andar”. Pero lo esperó. Al final, ya domado, Dos y Medio era buenísimo con todos salvo con ella: Soledad era su dueña y la reconocía y la quería, pero la mitad de las veces la dejaba clavada de cabeza en el barro. Ella lo amaba igual. Muchos años después, encerrada en su celda italiana, Soledad le escribiría a su hombre encerrado en otra celda que “lo quería muchísimo. Lo conocí un día después de que naciera, yo tenía trece años, crecimos juntos. Durante mucho tiempo fue mi mejor compañía. Nos comunicábamos con el idioma de la naturaleza”.

En esos días Villa Rosa era más campo que suburbio: circulaba cierto espíritu gaucha -o los restos de él. Omar fue el primer mentor de las hermanas Rosas en asuntos equinos y ellas lo seguían con devoción:

-Omar, ¿hay que bañar a algún caballo, hay que herrar, hay que hacer algo?

El petisero estaba encantado con esas dos chiquitas de ciudad que querían registrar cada uno de sus movimientos. Y Soledad, feliz en ese mundo: no era sólo la cercanía caliente de un animal que había que someter; también esos peones le gustaban: gente sencilla, que necesitaba pocas cosas y se reía de chistes simples, que le contaban historias de tropillas y arreos, que le enseñaban a trenzar una rienda o a calmar a una yegua, a perder a la taba o a cebar mate con la espuma debida. Con ellos no tenía que hacer ningún esfuerzo: ni ponerse bonita ni hacerse la interesante ni tratar de gustarle a un tonto granujiento. Eso sí que era vida.

Al cabo de un par de años los Rosas pudieron construirse una casa en Villa Rosa; cada fin de semana Gabriela y Soledad se ponían bombachas y alpargatas y trataban de integrarse en el paisaje. A veces, en las fechas señaladas, Soledad se vestía de gauchita rubicunda y participaba de desfiles y paradas. Soledad podía hacer casi todo encima de un caballo: incluso subirse a un potro palenqueado y jinetearlo unos segundos con revoleo de espuelas y rebenque. Gabriela también: solían salir con sus caballos las dos solas, tiempo de largas charlas sobre la vida que las esperaba. En su futuro nunca había

ciudades. Cuando fueran grandes, se decían, iban a vivir las dos juntas en una casita rosa en el medio del campo, con su chimenea y su cocina calentita, con sus gallinas, patos y conejos, y ahí iban a criar, las dos juntas, a sus hijos:

-Y si es con marido mejor, y si no me chupa un huevo.

Sus perros las seguían: estaba Fatiga, una pastora catalana, y su hijo el Oso, que tenía sangre grandanés. En esos días, las hermanas Rosas solían creer que, en eso que llamaban el futuro, podrían hacer lo que quisieran.

2. VARONES

El mundo idílico empezó a agrietarse cuando brotaron los varones. Primero fueron unos vecinos con los que a veces salían a caballo; después Gabriela se consiguió su primer novio y el programa Villa Rosa dejó de interesarle: Soledad, al principio, se sintió traicionada. La ciudad tenía atractivos que la atraían apenas.

A veces su hermana la convencía de salir con ella: un poco porque quería, otro poco porque sus padres, preocupados porque la menor se quedaba siempre en casa, se lo pedían. A Soledad le resultaba más fácil salir con Gabriela: sólo tenía que acompañarla. Pero igual los bailes no le gustaban demasiado.

“Ya de chicas yo empecé a cargar con ella a todas partes”, dirá Gabriela Rosas. “Llévala con vos”, me decía mi mamá si me iba a algún lado. Las primeras veces que Soledad fue a bailar era porque yo quería ir a bailar y ella tenía que venir conmigo. Por ahí era chica, trece, catorce años y se quedaba sentada en el boliche esperando que la hermana terminara de bailar para volver. A mí me gustaba que ella viniera conmigo, no me molestaba. Aunque a veces me agarraban ataques de celos porque ella llamaba mucho la atención y yo era más tranquila, más perfil bajo. Me ponía un poco celosa, pero nada grave”. Después empezaron los recitales; el primero fue en Obras, con Gabriela y su chico: Ratones Paranoicos. Era una etapa nueva. Ese verano la familia se fue de vacaciones a Pinamar, y las hermanas se hicieron un grupo de amigos, chicos y chicas de Belgrano y Barrio Norte. La mayoría tenía la edad de Gabriela: Soledad seguía siendo el chinchorro.

Lo cual no le impidió hundirse en su primer amor. El pibe se llamaba Maximiliano y tenía un par de apellidos que sonaban patricios pero sus amigos lo llamaban el Vago: en ese grupo de muchachos más bien arregladitos, Maxi se destacaba por el pelo largo, por la ropa gastada, por su aureola de rebelde leve. Era el verano de 1990: en esos días la Argentina se hundía en la hiperinflación pero la rebeldía no encontraba maneras. Maxi tenía más de veinte años; Soledad ya había cumplido quince y no quería pensar que su amor era imposible. Dispuesta a todo, le declaraba su pasión sin mayor éxito: ni frases ni cartas ni caritas le daban resultado.

-Sole, yo a vos te quiero mucho pero sos muy chica para mí, yo no puedo salir con vos.

Soledad no se desanimó. Ya en Buenos Aires, el grupo siguió viéndose: cuando iban a bailar a Palladium la llevaban, cuando se reunían en alguna casa la invitaban -aunque ella no terminara de formar parte. Con ellos empezó a escuchar a Sumo -el grupo de Luca Prodan, que estaba en lo mejor de su retorno de la muerte-, a The Cult, Erasure, The Cure.

“Éramos un grupo de chicas más o menos chetas que salíamos con otros chicos más o menos chetos y que íbamos a bailar a lugares ni tan caretas ni tan oscuros: sentíamos que estábamos ahí en el borde”, dirá Gabriela Rosas. “Algunos fines de semana una de nuestras amigas, que tenía un yate, mucha plata, nos invitaba a dormir a su casa en el Boating de San Isidro. Hacíamos fiestas que eran más bien asaltos: cada uno llevaba algo y nos quedábamos hasta la madrugada. La casa de esta chica tenía un playroom enorme que daba al embarcadero. Hacíamos asados y pasábamos la noche escuchando música, viendo videos con nuestros amigos. Y al día siguiente nos íbamos a navegar. Era todo muy elegante. Y era sano, como mucho tomábamos cerveza”.

Soledad era la benjamina y todos la protegían, la cuidaban: también Maximiliano. Ella odiaba ese trato pero tardó casi un año en aceptar que su asedio no le daría frutos, que su primer amor era imposible.

Un recital en Obras, un amor sin destino, un asalto en el Norte: me preguntaba qué importa en una ¿biografía?

Quizás sea cierto que escribimos o leemos una biografía para entender a una persona o un momento, para desentrañar marañas de una vida, mensajes de una muerte, por compararnos, divertirnos, reconfortarnos con los males del mundo si parecen lejanos. Y entonces qué. Me preguntaba: ¿qué importa si su padre tal, la madre esto o aquello, ese colegio, si aquella tarde no llovió? Y sospechaba que escribir una biografía equivale a rendirse ante la tentación de imponerle un sentido a algo que no suele tenerlo: que no se toma el trabajo de tenerlo. La vida es, antes de ser relato, una avalancha. Y, salvo unos pocos, raros pocos, nadie vive para construir el relato de su vida: solemos estar tan ocupados, sobrepasados de vivirla. Me preguntaba entonces, escribiendo estas páginas, armando este relato de esa vida: ¿con qué buena razón? ¿Con qué derecho?

Soledad no estaba cómoda en el Río de la Plata. Más de una vez ella y su hermana pensaron en irse al Lenguas Vivas, pero nunca terminaron de atreverse.

“El Río de la Plata era un colegio muy familia y muy vigilante, de proteger a sus alumnas y de seguir todos tus pasos”, dirá Gabriela Rosas. “Un microclima absoluto. Ahí adentro era como que las cosas no pasaban realmente. Era un colegio muy típico porteño, como el Keyserling. Sin demasiados matices. No era un colegio que aceptara mucho la pluralidad. Una vez una chica se quedó embarazada y fue el gran escándalo. Para que no la vieran caminando por la calle embarazada con el uniforme del colegio la hacían ir vestida de civil. Soledad siempre se sintió fuera de lugar en el colegio: como que no encajaba. No tenía grupo de pertenencia, un grupito de amigos que la contuvieran o que la centraran en algún proyecto, en algún viaje, en algo. Siempre estuvo yéndose de todos lados. Del colegio lo único que quería era terminar e irse”.

“Ella fue a un colegio que no le gustó nunca”, dirá Luis Rosas, su padre. “No le gustaba el ambiente, ella decía que iba a un colegio de chetos y que ella no era cheta. Creo que tenía razón, ese colegio no era para su personalidad. Ella era una mina de una sensibilidad muy desarrollada, ya en su adolescencia le llegaban los problemas sociales con mucha fuerza, y sus compañeras estaban en otra cosa. Creo que la mandamos al colegio equivocado”.

Ni siquiera con Josefina, su más amiga, su compañera de banco, hablaba de ciertas cosas. “Era jodona: una vez preguntó si a los bárbaros les decían así porque eran buen mozos. Soledad siempre tenía una causa”, dirá Josefina Magnasco. “Es loco que una persona que se crió en pleno centro, con todas las comodidades, salga así... Era muy idealista. Tenía un amigo enfermo y estaba 24 horas al lado tuyo. Era servicial, le hacía bien ayudar a los demás”. Pero Soledad no encontraba su lugar y escribía mucho: su diario era el espacio de sus confesiones.

“Una tarde del verano pasado Marta se apareció con una caja gigante y me dijo ‘Cecilita, ¿me ayudás?’”, dirá Cecilia Pazo, su prima. “Son todas las cosas que traje de Beruti de Sole’. Y yo dije guau, qué fuerte. Había cartas y cuadernos y me puse a leer una carta de enero del 91, cuando ella tenía dieciséis. Había todo un tema de depresión, de decir que las cosas no eran como ella quería; está bien que era en plena adolescencia. Decía que no le daba la cabeza, que no tenía ganas de estudiar. Siempre hubo competencia con Gaby. Gaby era brillante y Soledad se reventaba, pobre. La voluntad que tenía que poner era terrible. Gaby leía y se iba, y Sole estaba toda la tarde. Todo esto lo decía en ese papel. Que no podía, que no daba más. Ella era muy directa. Hablaba medio depre. Me acuerdo un pedacito que decía ‘no, esto no es para mí. Me quiero desterrar de este planeta’”.

Seguramente no era para tanto: la adolescencia es la época de la vida en que todo parece para tanto -y después pasa, o cambian los colores. En 1991 Gabriela empezó el Ciclo Básico Común: su llegada

a la Universidad de Buenos Aires le abrió otros mundos, y Soledad empezó a conocerlos a través de su hermana. El cuarto de las Rosas en la calle Beruti era un termómetro: de pronto sus paredes se llenaron de grafitis con letras de canciones de Sumo o de Sinéad O'Connor, el corcho con fotos y postales, y los posters: uno de caballos, uno de los Stones, de Carlitos Chaplin, del Che Guevara. Aunque Soledad no tenía especial interés por la política: no estaba entre sus temas. En 1991 la Argentina entraba en un extraño período de decadencia sorda que muchos tomaron por bonanza y llamaron menemismo o convertibilidad. La política, es cierto, había dejado de ser una opción: los políticos la habían convertido en un espacio turbio, en el escenario de sus negocios y claudicaciones, y los chicos crecían con esa desconfianza.

“Mi viejo era muy lector y en casa había libros del Che y muchos libros de historia”, dirá Gabriela Rosas. “Mi papá militó para el Partido Socialista y después para el peronismo, entonces había una cosa medio política en casa. Yo era sobre todo la que hablaba mucho de política con mi viejo y mi hermana era la que salía con ‘¿Y cuál es la izquierda? ¿Y cuál la derecha? ¿Y por qué? ¿Y quiénes son? ¿Y cuál es la diferencia entre el socialismo y el comunismo?’. No cazaba una. En esa época no le daba pelota a la política, jamás. Soledad era lo más apolítico. Era muy práctica para algunas cosas: sobre las cosas que no le interesaban ni siquiera daba lugar para la discusión. No le creía a la política, no le creía a los políticos y no hablaba del tema. Le chupaba todo un huevo. Ella vivía su vida, su mundo. Cuando yo terminé el colegio ya me había rebelado bastante a la religión y todo eso. Y entonces Sole se sumaba a mis rebeldías y habíamos puesto un poster con la cara del Che. Estaba dentro de los cánones normales de rebeldía todavía. Para una chica de clase media, el poster del Che no llamaba demasiado la atención. No estaba Bob Marley fumándose un porro. Mis viejos todavía no se habían espantado”. Últimamente la sonrisa de Guevara no es, queda dicho, una toma de posición política: es, más amplio, más difuso, el signo de que niños quieren empezar a ser jóvenes. Las hermanas Rosas también lo intentaban en las calles del barrio: buscaban nuevas compañías, por primera vez se mezclaban con chicos que no pertenecían al kindergarten Pinamar o colegio privado. Gabriela había empezado a salir con Claudio, un muchacho de pelo largo que cuidaba el parking de enfrente. Sus padres no estaban contentos y a veces la encerraban en su casa: entonces ella hablaba con su Romeo desde su balcón y se sentía de lo más transgresora. Claudio era amigo de los dos vecinos más repudiados del edificio de las Rosas: Alejandro y Fernando, “los drogadictos del segundo”, dos tipos de más de treinta años con muchas historias que contar -o no contar. Claudio, Alejandro, Fernando y las hermanas Rosas empezaron a verse bastante: en esa esquina de barrio pretencioso las Rosas conocieron las delicias de los primeros porros, las cervezas de zaguán, las charlas iracundas.

“Una vez, cuando Soledad tendría diez años, fue a la quinta de Ranelagh mi bisabuela, que no tiene nada que ver con la bisabuela de ella, y se acostó en la cama de Sole a dormir la siesta”, dirá Cecilia Pazo, su prima. “No te puedo explicar el quilombo que armó: decía ‘no te puedo creer, esa vieja que tiene los pies roñosos me ensució la cama’. Marta le tuvo que dar vuelta el colchón, cambiar las sábanas, una pulcritud terrible y después en la adolescencia fue todo lo opuesto. Y de estas cosas en la vida de Sole hay cinco mil. Cuando Marta la peinaba y le quedaba una ondita le pedía que la peinara de nuevo. Y de adolescente usaba el pelo todo revuelto. Después si la cama no tenía sábanas no importaba. Cosas que vos decís ‘cómo esa misma persona puede llegar a ser tan diferente, no, cómo se puede cambiar tanto’”.

Primero Soledad sintió terrible amor por Alejandro, que le llevaba veinte años: alguna vez se lo dijo y el tipo la puso en su lugar. Soledad sufrió unos días; después conoció a Juan Pablo en esa misma esquina. Ella tenía diecisiete; él un par más. Juan Pablo vivía a la vuelta de su casa y curtía onda dark: se vestía de negro, escuchaba The Cure y lanzaba declaraciones pomposas contra la pompa de esta vida de apariencias caretas. Juan Pablo era bonito: morocho de ojos verdes, sonrisa seductora. A Soledad le sorprendió que él la deseara: no tenía mucha conciencia de su poder en ese campo.

“La vida de Soledad tenía muchas dualidades”, dirá Cecilia Pazo. “Todo el mundo la quería y ella no se sentía querida por nadie. Se creía el último orejón del tarro y en realidad adonde iba la miraban todos.

Siempre pensaba que nadie se fijaba en ella y al contrario, todos se fijaban en ella. Entre otras cosas, porque era una mina muy linda”.

Cuando sus padres le reprochaban el estilo de su primer novio, Soledad se enfurruñaba, pegaba un par de gritos, se encerraba en el cuarto con graffitis. Empezó a vestirse de negro, a bucear en los restos del punk: ya desde el principio imaginó que querer a alguien era acoplarse a sus gustos, adaptarse a sus gestos; una amiga le dijo que parecía una esponja y Soledad le dijo que no dijera boludeces, que si no sabía lo que era querer a alguien se callara la boca.

“Soledad era muy vulnerable”, dirá Josefina Magnasco, su amiga del colegio. “Influenciable, ésa es la palabra. Se dejaba llevar mucho. Y la contracara era que tenía mucha fuerza. Le pasaba una aplanadora y ella resurgía. Tenía esas dos facetas: muy insegura, por un lado, y de mucha polenta por otro, muy positiva, que siempre va para adelante”.

Muchas tardes Juan Pablo la pasaba a buscar por el colegio y la acompañaba hasta su casa; algunas, subía a tomar la leche con ella. Los viernes solían ir a casa de algún amigo o se quedaban un rato en la vereda o iban a un recital; los sábados a veces eran discoteca, pero a las cuatro de la mañana a más tardar Soledad tenía que estar en casa. Eran tanteos, borradores: para él ella también fue la primera, y descubrieron juntos.

Aquella noche de primavera el matrimonio Rosas no estaba en casa: se habían ido a un retiro espiritual. Gabriela pasaría la noche con su novio del parking en una de las habitaciones de la casa; Soledad pensó que era la ocasión que había estado esperando -y Juan Pablo estuvo muy de acuerdo.

“En realidad nunca hablamos ni de lo bien ni de lo mal que la había pasado”, dirá Gabriela Rosas.

“Nos lo tomamos como algo muy gracioso, una situación cómica, una aventurita de complicidad entre hermanas. Fue más graciosa la anécdota que lo que pasó realmente, si le importó o no el hecho de que hubiera sido su primera vez. Nos reímos durante años sobre esa noche del retiro espiritual. A ella se le manchó la sábana y había que limpiarla: no podíamos cambiarla porque mi vieja registra todo, ella sabía qué sábana estaba y cuál no. Entonces tuvimos que lavarla y después secarla con el secador de pelo. Y escondiéndonos del portero, que era un botón infernal: le contaba a mis viejos quién entraba y quién salía cuando ellos no estaban. ‘Mirá, salimos por un ascensor, no, por el otro. Yo bajo primero y me paro en la puerta, hago que paseo al perro y me fijo si está o no el portero y te doy vía libre’. Porque el portero empezaba a baldear a las cinco de la mañana, entonces había que ganarle. Era todo muy cómico: más que el hecho de que fuera la primera vez, se había dado todo como una situación graciosa”.

Después se hizo más complicado. Algunas noches, al principio, Soledad decía que se iba a dormir a lo de una amiga, que tenía que estudiar, que una fiesta se terminaba tarde y lejos. Soledad no era buena mintiendo, y además se cansó:

-Esta noche salgo con Juan Pablo y no vuelvo a dormir.

-¡Eh, pero cómo...! ¿Y me lo decís de esa manera!?

-Bueno, si querés te miento, igual lo voy a hacer.

-¡Pero qué te creés, nena, que podés hacer lo que se te dé la gana!

-Ya vamos a ver.

“Soledad no sabía mentir, era de terror para mentir”, dirá Gabriela Rosas. “Yo era rementiroso y me salían todas bien, tenía culo para mentir. Y Sole, pobre, si decía que estaba en lo de una amiga, esa amiga llamaba por teléfono y la cagaba, o se le veía que estaba mintiendo. Pobre mina, no sabía mentir y un día dijo ‘no miento más’. Empezó a decir la verdad y ahí llegaron los choques. Pero dejó de mentir y nunca más mintió. Se dio cuenta de que no era para ella y que además le traía un montón de problemas porque se contradecía, se olvidaba de lo que había dicho. Ahí dejó de mentir de una vez por todas, para todo”.

El romance con Juan Pablo le duró varios meses. A veces se peleaban: Soledad lloraba, la pasaba mal, suponía que el chico no le prestaba la atención suficiente, se sentía abandonada. Hasta que descubrió

que su primer novio también tenía un primer novio -y le gustaba más que ella. Fue el final del principio.

3. LA PROPIA VIDA

Soledad tenía que empezar una vida. Ya había cumplido diecisiete años: había terminado el colegio, había terminado con su primer novio, dudaba de lo que sus padres y su medio habían querido hacer de ella. Muchas cosas se terminaban y no estaba claro todavía qué estaba empezando.

Ese verano trabajó por primera vez: era una forma de tomar distancias, de ir probando. La Tartine era un café pequeño y elegante en la esquina de Rodríguez Peña y Vicente López, en la zona más coqueta del Barrio Norte: allí Soledad servía las mesas y la pasaba bien. Pero no duró mucho; al cabo de dos meses una amiga de sus padres le ofreció colocarla en Berlitz, una academia de idiomas, como secretaria. Le pagarían más o menos lo mismo pero era un trabajo más descansado, de menos horas y más silla. Su madre estaba contenta: allí la nena podría practicar su inglés y tener cierto roce. De todas formas nadie imaginaba que no siguiera estudiando -ni siquiera ella. Soledad se anotó en el C.B.C. de la Universidad de Buenos Aires; no sabía bien qué carrera elegir y fue, casi por descarte, Psicología.

No duraría ni tres meses.

-¿Vos siempre venís acá a pasear tu perro?

-Sí, bueno, sí, siempre que puedo.

-Relindo, tu perro. La verdad, se le nota...

Piltrafa, el pointer de Soledad, no se dio cuenta de que los piropos eran para él y siguió corriendo detrás de una ovejera medio renga. Empezaba la primavera y la gran plaza Las Heras florecía.

...se le nota que está bien cuidado, que lo quieren.

Dijo Lorena, y Soledad se sonrió. Lorena Dussort tenía 20 años, el pelo rubio, los ojos muy claros, movimientos nerviosos y un acento con eses bien marcadas. Lorena llevaba jeans gastados, zapatillas con barro, una camiseta módicamente ranfañosa: el uniforme de la paseaperros.

En las últimas décadas la Argentina no ha hecho muchos aportes a la cultura mundial; hay quienes suponen que la idea del paseaperros es uno de ellos -junto con los laberintos borgianos y la palabra desaparecidos. En los barrios más ricos de Buenos Aires, muchachos aran las veredas con jaurías que pueden llegar hasta las dos docenas de ejemplares de todas las marcas y colores: son un subproducto de la industria del pet. Vecinos que viven en departamentos donde los perros se atrofian y que, tomados por sus obligaciones, no pueden llevarlos a pasear muy a menudo, contratan por una buena suma el servicio de quien le dará al can su merecida vuelta. Lorena Dussort era la primera mujer en un mundo de hombres y se había acercado a Soledad con la intención de siempre: para trabar una conversación que le permitiera ofrecer sus servicios. A primera vista Soledad le había parecido un buen punto: una chiquita rubia y atildada, bien tilinga del barrio con su vestido de secretaria de academia inglesa. Pero Lorena solía sentirse sola: era tímida, había llegado de Mar del Plata un par de años antes, la gran ciudad se le resistía y Soledad le cayó bien. La venta de servicios se convirtió en oferta de trabajo:

-Mirá, no es tan difícil. Te tienen que gustar los animales, claro, pero eso para vos no parece problema.

-¿Y cómo tendría que hacer para empezar?

-No te calientes, loca. Si tenés ganas yo te puedo pasar alguno de los míos, para que empieces. Total, la verdad que tengo demasiados...

-¿En serio? Sería genial. Ya no me banco eso de estar todo el día encerrada detrás de un escritorio.

¿Sabés qué? Me paso el tiempo mirando por la ventana, envidiando a la gente que pasa por la calle.

“Soledad siempre fue muy amante de la naturaleza, no le maté un mosquito porque era capaz de matarte ella a vos”, dirá Josefina Magnasco, su amiga de la escuela. “Amaba a sus plantas, les hablaba a las flores, y le encantaban los animales, la fascinaban los caballos, a los perros los tenía redominados,

los trataba como a sus hijos”. Al día siguiente Soledad se había metamorfoseado: jeans gastados, zapatillas con barro, una camiseta módicamente ranfañosa, paseaba sus dos primeros perros.

Me preguntaba cómo se arma una vida. ¿Con qué pequeños datos y grandes decisiones se va trazando ese retrato que, alguna vez, será lo que quede de esos años? ¿Piensan los hombres, las mujeres en el dibujo de sus propias biografías cuando toman ciertas decisiones, determinadas vías? ¿O sus vidas más que nada les suceden, se transforman en su historia cuando ya son historia, cuando no hay mucho que se pueda cambiar salvo el relato? Me preguntaba: ¿Quién arma cada vida?

Me lo pregunto sin saber la respuesta, sin saber si la respuesta me sirve para algo: sin respuestas.

“Y entonces vino la hecatombe”, dirá Marta, su madre. “Cuando dejó de trabajar en Berlitz y se fue a la plaza vino la hecatombe, por la gente con que se rodeaba... Francamente, un desastre. Buscó gente en la calle, gente de la plaza, siempre había algún pobre infeliz que se aprovechaba de su bondad, y bueno, había que hacerle comida para que le llevara, y había que comprarle ropa, o darle ropa de Luis, esas cosas”.

“Yo siempre tuve una pelea con Soledad”, dirá Luis, su padre, “porque yo le decía sí, yo te entiendo, ayudé socialmente a la gente, pero no niveles tanto para abajo, no te mezcles a convivir con ellos: vos sos otra cosita, estás preparada para ser algo más”.

Soledad olía irremisiblemente a perro. Al principio hacía el mismo horario que Lorena: desde la una hasta las siete de la tarde. Pero rápidamente se independizó: el trabajo fluía. La nueva paseaperros se mandó imprimir unas tarjetas de publicidad: “Soledad y su pandilla”, decían, y tenían el dibujo de un perro de dibujos animados.

“Arrasábamos con todo el laburo”, dirá Lorena Dussort, su amiga paseaperros. “Éramos chicas, no éramos villeras, los clientes podían hablar con nosotras más de tres palabras seguidas y nos podían dar sus llaves tranquilos. Cobrábamos 100 pesos cada perro, y no había rebajas. El que no podía pagar, no lo agarrábamos. Entonces se hacía un público un poco más seleccionado. Teníamos las llaves de todos los departamentos: la gente nos tenía confianza. Íbamos por Palermo Chico, había cada departamento, unas casas... A Sole esa gente mucho no le iba, pero no era por la gente, era por la plata, y la entendió”.

Soledad tenía dieciocho años y más de veinte perros en sus manos: los meses buenos llegaba a ganar unos 2.000 dólares. Era una suma increíble para una chica de su edad. Había cambiado de horario: paseaba a la mañana, así que se tenía que despertar todos los días antes de las seis, lavarse, vestirse y pasar a buscar a su primer perro, un siberiano, a las seis y cuarto. Soledad confiaba en su dominio de los animales y fue de las primeras en llevarlos sueltos, sin correa. La ronda de recogida podía durar casi dos horas: hacia las ocho Soledad y su jauría llegaban a la plaza Las Heras.

La plaza Las Heras es un gran espacio verde que aparece casi por sorpresa en medio de una de las zonas más caras de Buenos Aires. La sorpresa tiene su explicación: allí se levantaba, hasta los años sesenta, el presidio porteño; de hecho, los vecinos más viejos todavía llamamos a ese parque “la Penitenciaría”. La Penitenciaría era un edificio de torres y almenares, sombras fuertes, la palmera que asomaba desde el patio interior; allí estaba preso, entre otros, el detective de Borges y Bioy, don Isidro Parodi; allí fusilaron, entre otros, al militante anarquista Severino di Giovanni. Soledad no lo sabía. Ahora la Penitenciaría es una plaza muy coqueta rodeada de edificios elegantes; alberga juegos, tres escuelas públicas, una escuela de fútbol, la calesita, docenas de cuerpos al sol en el verano y, todo el año, un persistente olor a mierda: los perros la han hecho su excusado. Es el único recuerdo de sus tiempos de cárcel, junto con una placa en un rincón que recuerda otra muerte: la del 10 de junio de 1956, cuando un pelotón militar -la fase pública de la Operación Masacre- fusiló allí al general Juan José Valle.

Allí, todos los días, Soledad se encontraba con Lorena, se tiraban al sol si había sol, charlaban, se cruzaban con otros paseadores, recibían amigos, vigilaban sus perros. Soledad solía fumarse un porro:

miraba cómo venía el viento para que el olor no la delatara y lo encendía; Lorena prefería pasar. “Y si ella por ahí anduvo en el tema de la droga, jamás intentó meterme a mí en eso. Nunca”, dirá Lorena Dussort, su amiga paseaperros. “Aparte tampoco era la razón de vivir de ella. Pero igual a mí me ponía los pelos de punta, yo ni siquiera tomo alcohol. Y yo veía que ella era súper inteligente, y me daba bronca que hiciera esas cosas”.

A veces Soledad y Lorena tenían problemas: los demás paseadores, muchachos que las iban de duros, tenían envidia de su éxito:

-Nos van a hacer calentar, pendejas. Y si nosotros nos calentamos se pudre todo, viste.

El tipo parecía querer decir lo que decía: tenía un aspecto perdulario, tres amigos al lado y una navaja bailándole en la diestra. Eran los paseadores de la plaza de ATC, famosos por pesados, decididos a manejar la competencia. Ya habían intentado maniobras más sutiles: agarrar a un perro en la plaza y robarle el collar, soltar un par de hembras en celo para que los machos se escaparan detrás, llenar de barro un huskie reluciente. Pero el fracaso de esas técnicas los había decidido a la acción directa:

-Escuchen, nenas. Nosotros llevamos quince años paseando perros y...

-Sí, se te nota. Ya ladrás.

Le dijo Lorena, amable. Soledad, al lado, se quedaba callada. Y parecía, incluso, que sonreía a los agresores. Lorena pensó que arrugaba y se molestó. El tipo la miró con odio:

-No te pasés, pendeja, tené cuidado. Por esta vez nos vamos, pero si siguen haciendo boludeces se pudre todo.

La variedad no era el fuerte de su léxico. Cuando se fueron, Lorena le preguntó a Soledad si se había vuelto muda: estaba indignada.

-No, Lore, pero me parece que es mejor transar. Si nos hacemos amigos se acabó el quilombo, ¿no? Si no se va a complicar, no seas boluda.

Le habían insistido mucho en que aprendiera a negociar y, por una vez, decidió intentarlo. Soledad se hizo amiga de otros paseadores de ATC.

“Soledad era una mina súper normal”, dirá Lorena. “Cuando yo me casé, me vestí en la casa de ella y todo... Cuando me fui de luna de miel le dejé todos mis perros a ella para que los siga paseando y no perderlos. Y en ese momento ella se cambió de parque y se pasó al Jardín Japonés y conoció a toda la banda de ahí que era de terror. De terror. Superfaloperos, hasta le daban falopa a los perros, yo cacé todo y me fui a la plaza Las Heras. A ella le copaba un grupo de gente y se iba y estaba todo bien, no había falsedad. Pero yo con ellos no podía ni hablar del tiempo, nada que ver... Un día viene Gabriela a la plaza y me dice ‘boluda, Soledad no aparece por ningún lado, no vino a casa a dormir, no fue a buscar los perros...’ Y yo ya sabía dónde estaba. Nos tomamos un taxi al Jardín Japonés: estaba ahí, había estado toda la noche con ellos. La recagamos a pedos. No por el hecho de desaparecer sino por no avisar. La cazamos de los pelos y la trajimos de vuelta. Y bueno, ella era de hacer esas cosas. No era nada malo. A ella le gustaba estar, hablar con la gente. Pero yo tuve miedo cuando se juntó con esa gente porque eran muy pesados y no la querían bien. Ella era muy cariñosa, y eso tiende a confundir a los varones, por no decir otra cosa. Y ella no se daba cuenta, y muchas veces era la única mujer. A mí me parece que se metía en quilombos que ni se daba cuenta, Soledad”.

En circunstancias más normales las jornadas en la plaza duraban toda la mañana. Antes del mediodía Soledad se comía un pancho o una milanesa; después se volvía a repartir sus animales casa por casa.

En muchas no había nadie y ella entraba con las llaves que sus dueños le habían dado. Por las tardes a veces iba a la facultad: se había matriculado en la carrera de Turismo de la Universidad del Salvador, pero allí tampoco duró más de un cuatrimestre. Soledad tenía mucho tiempo libre y estaba conociendo gente nueva. Estaba, en realidad, cambiando.

“No, la diferencia de edad no importaba porque ella era divina”, dirá su amigo Fabián Serruyo.

“Además era lindísima. Eso te atraía mucho. Era tan linda que te pegabas, con una onda de tener alguna historia con ella. Ese era mi caso y el de Alejandro también, que nunca se dio. No sé por qué,

pero buena onda igual. ¿Viste cuando la gente tiene buena onda y te sentís querido? Con ella uno se sentía querido. Cuando te sentís querido te pegás, te pegás con el que más te quiere en la vida y bueno, fue eso. Eso que me dijo un día Soledad: ‘vení que lo mejor que me pasaría en este momento es que vos estuvieras acá’ y eso me mató. Uno estaba muerto de plata, no tenía ni para pagar un pasaje de colectivo y vos decís cómo hago para irme para allá. Nosotros salíamos de un centro de rehabilitación donde veníamos con una apertura personal con la gente, de haber estado un año teniendo terapias grupales y todo eso. Soledad -y Gabriela también- eran muy abiertas, muy solidarias. La diferencia de edad quizás no se notaba porque ella era una mina muy inteligente. Había tenido una buena preparación de colegio y todo eso. Yo no sé si fue eso. Quizás la relación que tenían con los padres les sirvió para ser gente muy abierta, vaya a saber”.

Fabián era el amigo de Alejandro: se habían conocido en algún tratamiento de desintoxicación. Fabián se entusiasmó; en esos días Fabián y Alejandro visitaban a Soledad en la plaza, la llevaban a tomar algo, a recitales -donde también iba Gabriela. En esos meses Soledad, Gabriela y alguno más fueron a ver recitales de Guns & Roses, Divididos, B.B.King, The Ramones, Santana, Fito Páez y los Rolling Stones. Algunas veces llevaban incluso al sobrino mayor de Alejandro, el hijo de su hermana Pilar, que vivía en el décimo piso del edificio de Beruti con su marido, Moncho, y sus otros dos hijos. El chico era un adolescente bonito que se pasaba el día mirándose al espejo. Hasta que su tío Alejandro le hizo sacar unas fotos, lo llevó a un casting y el muchacho, Iván de Pineda, empezó a trabajar.

“Sole se pegó con nosotros, que veníamos zarpados”, dirá Fabián Serruyo, su amigo. “Siempre salíamos a caminar con el Alejandro. Un día que se enganchó Soledad nosotros veníamos tomando tranquilos pero ella se cazó un pedo bárbaro. No sé cuánto, pero la dejamos en la facultad y tenía un pedo... Después me contó Gabriela que llegó a la casa diciendo que le había caído mal la comida y la madre le dio una copita de fernet. Y ésa era la historia, se enganchaba con nuestros rollos y nosotros veníamos más locos que la mierda, ¿me entendés?”.

“Una vez la llevamos a un psicólogo, porque nos preocupaba que estaba con la marihuana, y nos fuimos los tres”, dirá su padre. “El tipo me pareció de lo más pelotudo: empezó diciendo que el enfermo era yo, que no le diera bola a esas cosas, que estaba todo bien, que ella no va a pasar de esto que está haciendo, que era una mina sana, fantástica... Claro, Soledad era un bombón de maravilla, una pendeja hermosa, sensible, dulce, inteligente, vos te enamorabas de ella a los dos minutos. El psicólogo se volvió loco: es una pendeja de la gran puta, el boludo es el padre”.

Soledad y Fabián se hicieron amigos de verdad: alguna vez Fabián llegó a acompañarla al geriátrico donde estaba su abuela. Alguna vez Soledad los acompañaba cuando se afanaban un par de discos, alguna camisa. Solía invitarlos a su casa: sus padres la dejaban recibirlos a condición de que se quedaran en su pieza, que había vuelto a cambiar: ahora las hermanas tenían de nuevo las camas superpuestas, más espacio:

“Ahí pusimos nuestro equipo de música, que habíamos comprado a medias con Sole en una liquidación de Musimundo”, dirá Gabriela. “Teníamos todos nuestros discos, libros y cosas así: estábamos todo el día ahí adentro. Mi vieja nunca nos dejaba ir al living porque tenía esa cosa de que el living era para cuando venían visitas, siempre estaba cerrado. Al living íbamos para los cumpleaños o si venía alguien a cenar. Si no, comíamos en la cocina. Así que recibíamos a nuestros amigos en nuestra pieza: teníamos la cama contra la pared, con almohadones, tipo sillón, una alfombra, el equipo de música y un espejo muy muy grande en una pared. Era nuestro búnker”.

Soledad empezaba a descubrir que ella también podía hacerse amigos, que podía gustarle a muy distinta gente. Y le encantó la novedad.

-Che, loca, ¿y si nos vamos juntas?

Soledad había ganado dinero con sus perros y llegaba el verano: ésas serían sus primeras vacaciones sola, sus primeras vacaciones de persona grande. Y su prima Cecilia acababa de cortar con un novio militar. Soledad estaba contenta: con esa separación había recuperado a su amiga de la infancia. Así

que le insistió y a Cecilia le gustó la idea.

-Bueno, por qué no. ¿Y dónde te parece?

Terminaron eligiendo Villa Gesell: ninguna de las dos lo conocía, pero siempre habían escuchado decir que ese balneario era el mejor lugar para un par de chicas con ganas de divertirse. Enero del 93. “Para mí Soledad fue una sorpresa enorme, ese verano”, dirá Cecilia Pazo. “Las dos habíamos crecido un montón: ya no éramos ni la nena Soledad ni la nena Cecilia. Agarramos dos valijas, nos tomamos el micro y aterrizamos en Gesell sin tener nada alquilado, nada preparado”.

Al día siguiente encontraron una casita minúscula, estilo alpino, de un alemán que posaba de severo y les explicó que allí no podían dormir más de cuatro personas. El alemán les recomendó que cuidaran mucho la conducta; Soledad lo llamaba Papá Charles -por el padre de la familia Ingalls- y decía que ellas eran Laurita y Mary pero un poco distintas.

Lo eran, y también eran distintas entre sí: episodios del choque cultural. Para Soledad, Cecilia era “demasiado standard”. Cecilia prefería el pibe lindo con su linda mallita y Soledad buscaba pelilargos; Cecilia quería ir a bailar “a los lugares relindos de Gesell” y Soledad insistía con el Perro Dinamita, un boliche que tomaba su nombre de una canción de los Redondos -y tenía cierta onda ricotera. Y, aún así, Cecilia pensaba que debía proteger a Soledad: insistirle para que comiera, intentar limitar sus supuestos excesos: Soledad solía inspirar esos arranques. No conocían a nadie, pero eso no era problema en Villa Gesell, y menos para ella:

“Era increíble la capacidad de Soledad de revolucionar Villa Gesell en 48 horas”, dirá Cecilia. “Por empezar tenía un lomazo, o sea que en la playa no había quien no la mirara. Yo trabajando con el rebote de Sole podía estar fenómeno: era impresionante. Y además ella se interesaba por todos, hacía un trabajo como de periodista. Veía un pibe que estaba colgado de la vida y le preguntaba ‘loco, ¿qué te pasó? Contame cómo fue tu infancia’. Ella tenía una cuestión siempre muy social, muy humana de rescatar a la gente. Pero también se metía con ellos: una vez le dije ‘terminala con los novios de cuarta, todos vagos, cirujas, que no van a ser nada en la vida’. Yo me preguntaba por qué Sole se juntaba con estos pibes que no tenían nada que ver. Creo que te podés bandear por dos motivos: o por exceso o por defecto. La mayoría es por defecto, porque no tuvieron contención afectiva, porque no les dieron pelota. En el caso de Soledad tuvo sobreprotección, mucho afecto, mucha comprensión. La madre al lado toda la vida: ‘¿Te cambiaste la bombacha? ¿Te bañaste?’. Así. El aliento en la nuca”.

A los pocos días Soledad y Cecilia habían llenado el chalecito alpino: dos o tres ricotereros de Lomas de Zamora encontrados en la playa, la hermana Gabriela, los amigos Fabián y Alejandro, la amiga Lorena con su marido muy reciente y todo tipo de sin techo que Soledad amparaba. “Era lo mismo que hacía con los perros vagabundos”, dirá su prima. “Se conectaba con este tipo de gente y trataba de rescatarlos”.

Cecilia no estaba cómoda: la preocupaban los porros que solían circular, y cuando descubrió que Alejandro tenía sida se puso muy nerviosa. El tipo podía cortarse con la maquinita de afeitar, pensaba, y compartir un mate con él le parecía una aventura sideral. Quería lavar con lavandina cada vaso, cada plato que él hubiera mirado: Soledad se le reía y le explicaba que Alejandro era de esos que te cuidan, no de los que te hacen daño, y le volvía a decir que cómo podía ser tan standard. Estaba descubriendo: el precio era la audacia y la confianza.

“Llegamos, y era el típico aguantadero de verano de Villa Gesell: por donde mirabas había flacos de pelo largo”, dirá Lorena Dussort, su amiga paseaperros. “Creo que estaba todo Gesell ahí. Había cuatro camas y veinte flacos. Piso, bolsa de dormir, de a dos en cada cama. Y bueno, era ir a la playa y tener quilombo, eran barderos y refalopa. Se ponían a cantar. Nos mirábamos con Adrián, mi marido, con cara de qué hacemos nosotros acá... Y Sole decía está todo bien. Yo era la única rubia. Y los flacos nos decían ‘nosotros les cedemos la pieza, ustedes están recién casados’. Nos fuimos a la pieza con los perros, nos levantamos temprano, hicimos la comida, y estaban todos tirados. Todos con todos, era un despelote... Entonces al segundo día le dije a Adrián ‘ésta es la última noche que yo paso acá’. Le dije a Sole ‘esto no es para mí, por una vez no coincido con vos’. Y nos fuimos”.

Era un grupo de lo más variado y solían salir en dulce montón: a veces, con inclusiones e intrusiones, llegaban a las dos docenas.

“Íbamos a tomar: vivíamos tomando cerveza”, dirá Fabián Serruyo, su amigo. “Yo en esa época ya no fumaba más marihuana. Me parece que ellos estaban muy enganchados. Sole fumaba mucho. Ale no fumaba, ya estaba enganchado con la merca. Yo en esa época no estaba enganchado con nada, andaba limpio. Mi enganche fuerte vino después. Quizás uno está carente de muchas cosas que le gustaría tener y se anestesia con eso hoy en día. Como otros con el alcohol, como está pasando con mucha gente. Como toda esa gente que ves en las esquinas tomando cerveza, como Soledad que estaba carente de muchas cosas. A Soledad la reprimían mucho en muchos aspectos. Ella quería vivir de cierta manera y la madre en particular no quería que viva de esa manera”.

Soledad solía terminar las noches con un martillero público que había decidido pasar sus vacaciones en el lado salvaje y Cecilia se había encontrado, entre tantos pelos, un estudiante de abogacía babyface que le pareció más conveniente. Pero se asustó mucho una noche, en un bar, cuando una integrante de la banda se puso a acariciarle la pierna con denuedo. Cecilia le pegó un par de gritos; Soledad se reía, como si hubiera pasado los mejores años de su vida en ese mundo diferente.

“Soledad quería escaparse de todo lo que tuviera que ver con la plata, el caretaje”, dirá Fabián Serruyo. “Quería vivir de una manera más simple. En una playa y cagar atrás de un árbol y escaparse del consumo. No le cabía el consumo y todo eso, y eso que vivía en un barrio recontra cajetilla, Beruti y Austria. Hoy el barrio ya cambió completamente. Pero en aquella época era un barrio cajetilla y no le cabía nada. Habrá ido al mejor colegio de Buenos Aires pero había muchas cosas que no le cabían, a la loca”.

“Ella siempre estaba buscando un lugar en el mundo”, dirá Cecilia Pazo. “Sole era una búsqueda impresionante y siempre se equivocaba. En Gesell se enamoró de un pibe que tenía novia, que le prometió el oro y el moro, se recontra enamoró, sufrió, lloró, pataleó, y el pibe cuando llegó a Buenos Aires volvió con la novia. De hecho la llevó a Pilar, a Villa Rosa. Soledad armó una reunión tipo encuentro viaje de egresados, todos los de Gesell, y el pibe llevó a la novia. Imaginate”.

A veces me pregunto qué pasaría si me la cruzara, ahora mismo, por la calle, en un bar, en la plaza Las Heras. Ella solía caminar por estas calles: me pregunto qué pasaría si la viera pasar por la vereda, una desconocida enredada de perros, una molestia en el camino. Si miraría sus perros, si la miraría. Si volvería a mirarla, si me pararía a mirarla por la calle. Y me pregunto si hablaría con ella, si tendría de qué hablar. Si alguna vez habríamos podido sentarnos a conversar de algo, fumar un cigarrillo o un porrito, soportarnos más de quince minutos -me pregunto, ahora, cuando la vida de ella ocupa tanto de mi vida.

Se conocieron en la plaza: él era amigo de otros paseaperros. Ella nunca supo exactamente qué de él la atraía tanto; sí sabía que, por primera vez, se sentía enamorada de verdad. La juventud tiene, entre otras ventajas, la del descubrimiento permanente: uno cree que se enamora hasta los tuétanos sólo para entender, la vez siguiente, que aquello no era amor y que esto sí, sólo para entender, la vez siguiente, que aquello no era amor y que esto sí, sólo para entender, la vez siguiente -o la otra, quizás, según la suerte. Soledad no sabía bien qué era: sí que, frente a su amor por él, todo el resto habían sido escarceos de colegiala tonta. Soledad tenía diecinueve años cuando lo conoció, en la primavera del '93; Gabriel Zoppi ya había cumplido veinticuatro.

Gabriel Zoppi era del barrio; vivía, con sus padres, en Juncal y Billinghamurst. Había cursado, con idas, vueltas y cambios de colegio, hasta tercer año nacional. Gabriel tenía una hija de una novia anterior, que vivía con ella, y había trabajado algunas veces: primero de plomero con su padre, después en una parrilla de la avenida Figueroa Alcorta. Pero no solía hacerlo: no era lo que más le interesaba. Su pasión era River: su padre lo había llevado al club desde muy chico y a los catorce años ya iba solo a la popular; pronto la barra brava de Núñez, los Borrachos del Tablón, lo aceptó entre sus miembros.

“A Gabriel en la cancha de River lo conocía todo el mundo”, dirá Marta Zoppi, su madre. “Mi hija iba a la cancha y en la entrada decía que era la hermana de Gabriel Zoppi y le decían que pase sin pagar. Era muy conocido. Debe ser que había un grupo bien pesado, que él los conocía de ir a la cancha, y otro que era tranquilo: ahí estaba él”. Las versiones maternas no siempre son las más precisas.

“Mi hijo era fanático. Si le hablás mal de River, te corta la cabeza”, dirá Raúl Zoppi, su padre. “Está bien, la culpa fue mía porque yo de chiquito lo llevé a la cancha. Después empezó a ir solo y se enganchó en la barra brava. El club lo llevaba a todas partes, les pagaban: a Brasil, a un montón de lados. Cuando yo iba lo veía ahí arriba, pero él ya era grande y yo no le podía decir nada”. Eran salidas bravas, y en una de ellas Gabriel estuvo muy cerca de la muerte: una tarde, en la puerta de una cancha cordobesa, uno de sus mejores amigos fue baleado por la espalda y por la policía: el muchacho quedó parálítico y Gabriel lo acompañó a lo largo de su recuperación.

No es seguro que Gabriel descubriera las drogas en la barra; sí, que tuvo problemas de adicción. Dos veces estuvo internado en curas de desintoxicación. “Él probó todo”, dirá Raúl Zoppi. “Después dejó. Un año, dos años andaba lo más bien y después le pasaba algo y...”. Gabriel curtía look roll-inga: zapatillas all stars, un jean negro gastado, la remera ajustada. Era medio petiso y solía llevar el pelo largo y su flequillo; en la mano derecha tenía una pulserita de san Jorge, blanca, roja y verde: hay quienes dicen que es el santo que protege a los ladrones. Gabriel hablaba reo y amenazaba mucho; a veces se ponía violento.

“Era una etapa en que Soledad estaba convencida de que no era inteligente, linda, nada”, dirá Soledad Echagüe, su amiga Sole Vieja. “Y no era verdad, era un encanto de mina, pero tenía esa cosa de ‘¿quién me va a querer a mí?’. Y yo le preguntaba si se había mirado al espejo; era muy insegura. Podía tener el mejor tipo, y tenía el peor. A Gabriel yo le decía el Uka: era un indio. La primera vez que vinieron juntos a casa, cuando se fue el pobre Gabriel, yo le dije ‘¿por qué, Sole? ¿Por qué este personaje que no puede hablar, que dejó la pluma y la lanza en la puerta y entró?’. Llegaba a tu casa, se sentaba y te miraba fijo, no te contestaba. No pasaba por las drogas que consumiera, es que era un tipo que llegaba a tu casa, se sentaba y vos le hablabas y no contestaba. Era una pared. Si le pintaba despertarse, se despertaba. Si le pintaba comer, comía. Si le pintaban las ganas de coger, cogía. Era ‘un pesito para la birra, vieja’. A mí me flasheaba porque no podía entender qué tipo de conversación tenía con Soledad. Era un tipo jodido, un tipo de mierda. Yo creo que él estaba con Sole por esa cosa de ‘loco, mirá la minita que me levante’. Era un tarado. No pasaba por una cuestión social, sino por una intelectual. Me acuerdo que decía con orgullo ‘yo soy de los que le pegaron a Roberto Giordano’. Yo creo que ella no lo quería, aunque sí lo creía, pero me parece que necesitaba a alguien. Y él le servía para tapar un hueco. Aparte Gabriel era la clase de tipo que se fumaba medio porro y ya le pegaba mal. Estaba tan quemado que le pegaba mal. No necesitaba una sobredosis: era como el alcohólico que se toma una copita y se pone mal. Gabriel se tomaba dos pastas y ya se carajeaba. Nunca entendí cómo ni por qué tenía tanto acceso a los medicamentos, pero se ve que los conseguía fácil. Hacerse con una receta no es difícil, el problema es tener el dinero para comprar. Y Soledad la pasaba feo, él se pasaba de revoluciones y ahí le pintaba la agresividad con Sole, la envidia, que ella era una concheta, que tenía lo que él no tenía, la educación que él no había tenido. Y Sole, que echarse culpas no le costaba nada, enseguida se sentía culposa. Ella era la peor y tenía lo que no tenía derecho a tener. Él la había convencido de eso”.

Soledad había conocido a Soledad Echagüe en el Instituto Superior de Educación Física, el ISEF. Seguía dudosa sobre su futuro: no abandonaba la idea de estudiar algo -tenía que estudiar algo-, pero no decidía qué. Soledad seguía paseando sus perros y sacando un buen dinero, y cuando su amiga Lorena le propuso que empezaran el profesorado de Educación Física la idea la entusiasmó. Lorena abandonó pronto: estaba recién casada y el tiempo no le alcanzaba; Soledad siguió todo el año. Nunca había sido una gran deportista pero tenía todo el tesón, toda la voluntad: como en la escuela, cuando algunas materias le costaban y les dedicaba las horas necesarias, hasta que terminaba por dominarlas.

A veces después de clase se iba a comer con otras alumnas a La Farola de Belgrano. Esa noche, por primera vez, la profesora Soledad Echagüe las acompañó y le llamó la atención su tocaya menor: era la única que entendía sus chistes. Después hablaron de música:

-Y sí, yo soy tan antigua que todavía me acuerdo de Supertramp.

Dijo la otra Soledad. Soledad Rosas le contestó que no era para tanto:

-No, si yo también los conozco, son unos maestros. Yo tengo discos de ellos, si querés te puedo grabar algo.

Soledad Echagüe estaba deprimida: su madre agonizaba. Cuando, unos días más tarde, su alumna tocaya se apareció en el velorio con un cassette de Supertramp, Breakfast in America, se emocionó hasta las lágrimas. Fue el principio de una bella amistad.

“Yo era su amiga vieja, la Sole Vieja”, dirá Soledad Echagüe. “Ella llamaba cuando había tenido bardo con Gabriel y necesitaba un par de días de estar en casa para que los viejos no se dieran cuenta, y volver recuperada. Eran bardos de pendeja, una de esas típicas peloterías que te contaba. Gabriel pasado de pastas, ella que lo tenía que calmar. A veces los viejos estaban en la quinta y ella se lo llevaba a dormir a su casa y después tenía que sacarlo, porque el pibe no se iba. Entonces Gabriel se ponía agreta y ella se pegaba unos sustos bárbaros. Pensá que Sole era un palito. El otro no necesitaba ser un gigante para sentarla de un sopapo. Cuando pasaban estas cosas ella se asustaba mucho. Se venía a casa, dormía y comía bien. Eran boludeces. La cosa de sentirte querido, cuidado, que te preparen un baño, te den la cama, eso. Ella necesitaba eso”.

Soledad le toleraba esos desplantes: tras la tormenta volvía con él. Le había pasado algunos de sus perros para que los paseara y ganase algún dinero, a veces lo acompañaba al servicio de Toxicología del hospital Fernández para seguir su tratamiento. Su espíritu de samaritana funcionaba a pleno e incluso alguna vez se olvidó de que era fanática de Boca y lo acompañó a la cancha de River. Gabriel les decía a sus amigos que por fin había encontrado el amor de su vida y la presentó a sus padres. Para Soledad, es obvio, la relación se había hecho más y más difícil pero no dejaba de intentarlo: seguía sintiéndose enamorada, y la oposición de sus amigas y parientes, seguramente, la alentaba a no darse por vencida. Y siempre encontraba alguna razón, por pequeña que fuese, para pensar y decir que él estaba mejor, que estaba empezando a encarrilarse.

4. EL AMOR PERRO

El 3 de octubre de 1993 María Soledad Rosas votó por primera vez en su vida: eran unas elecciones menores, legislativas, en plena euforia menemista. La Argentina había decidido que su peso valía lo mismo que un dólar y, para sostenerlo, se endeudaba y vendía sus últimas posesiones, pero la clase media compraba televisores y coches y se sentía feliz. El resultado electoral estaba cantado: los peronistas ganaron sin problemas. Soledad no se interesó especialmente en la cuestión; ya en el cuarto oscuro eligió la boleta del Partido Humanista, una formación de izquierda semi-mística que se presentaba junto al partido Verde, ecologista. Fue la primera vez y sería la última: las siguientes elecciones la encontraron en Villa Rosa y prefirió no molestarse hasta la escuela de la Capital donde estaba inscripta.

“Soledad en esa época no tenía ningún interés particular por la política”, dirá Gabriela Rosas, su hermana. “De los políticos de acá lo único que pensaba era que son todos una mierda, todos corruptos: no creía en ningún político. Estaba totalmente desinteresada de la política local. Creo que era un síntoma de tantos jóvenes de esa época que no creían en nada”.

Ese verano el negocio de los perros se amplió. Luis Rosas se había quedado sin trabajo, y se le ocurrió que podían usar la quinta de Villa Rosa como un pensionado para perros -cuyos dueños no sabían dónde aparcarlos durante sus vacaciones.

Soledad ofreció el servicio a sus clientes y fue un éxito: durante un par de meses la quinta rebosó de

animales que pagaban caro su hospedaje. Para ella era un placer especial: no había cumplido veinte años y ya podía ayudar a sus padres a salir de un mal momento económico: servía para algo.

“Uno de esos fines de semana, cuando tenía el pensionado, yo la acompañé a Villa Rosa”, dirá su amigo Fabián Serruyo. “Soledad ya se había comprado ese jeep vejestorio que tenía y teníamos que llevar un rotweiler, o como se diga, y ella le había dado un sedante para que vaya más tranquilo, porque los perros se ponían locos en el viaje. Y de pronto el perro, que estaba medio groggy, saltó al asiento de adelante y se ahorcó: se estaba muriendo, no reaccionaba más. Era un garrón, un perro de 400, 500 mangos. Entonces Sole lo tiró en el asiento de atrás y no sé qué le hizo pero el perro revivió. Una maestra, Sole”.

“Soledad cuando era chiquita era una cheta”, dirá Cecilia Pazo, su prima. “Después cambió. No era una negra villera pero... vos la veías yendo a la cancha de Boca y te morías. Me acuerdo un día que fueron mi hermano, bostero de alma, mi papá, todos menos yo. Y ella se puso el sombrero de Piluso, con las lanas, y en realidad no sé si era la esencia, la piba era bardera. Sole más que nada era bardera”.

“Soledad era tan desprejuiciada, se cagaba en todo, en las modas...”, dirá Marta Rosas, su madre. “Para ella no había marcas, no había colores, nada. Me acuerdo de ir caminando por la avenida Santa Fe y oír música de Musimundo, un rock o una cumbia, agarrarte y ya estábamos bailando. ‘Pero dejate de embromar, Sole’. ‘Qué carajo te importa. Dale, movete’. O ir caminando por la calle, darse vuelta y decirme ‘qué culo que tenés’ y me apretaba”.

Uno de esos días, madre e hija caminaban por una calle de su barrio:

-Yo tendría que haber nacido varón.

Dijo Soledad.

-¿Por qué?

-Y, porque así podría hacer todo lo que quie... bueno, la verdad, ¿para qué quiero ser varón si igual hago lo que quiero, lo que me gusta?

-Y así además tenés el tremendo beneficio de poder ser madre, de llevar algo adentro tuyo, guardadito.

-Sí, ma, tenés razón. La verdad mejor me quedo así.

Era toda una decisión.

“Yo no entendía”, dirá Gabriela Rosas, su hermana. “Yo le preguntaba ‘¿De qué podés hablar con un barrabrava de River? Soledad, por Dios, explicame de qué hablan, qué hacen, dónde está el amor ahí’. Y nos peleábamos, ella se enojaba muchísimo y me mandaba a la mierda. Gabriel era un personaje siniestro, yo lo odiaba. Un tipo agresivo, violento, desagradable. Vivía a la vuelta de casa. ¿Viste cuando decís lo peor del barrio?: ‘Loca, te venís a enganchar con lo peor del barrio’. Era realmente lo peor: drogón, vago, chorro -porque andaba en el choreo chiquito, como afanarse pasacassettes de los autos. Se creía remalo: era un tarado total. Eran esos personajes que a mi hermana se le daba por proteger. Esa cosa que tenía ella de andar recogiendo perritos de la calle. Gabriel era una cosa así, un personaje que mi hermana se dedicó a tratar de rescatar y de proteger y que al final terminó haciéndola mierda. Terminó depositando un montón de energía en una persona que no le devolvía nada. Pero sí, para bancarse lo que se bancó de alguna manera debe haber estado enamorada de él. O tenía un sentido de la autodestrucción mucho más grande de lo que yo podía ver, porque realmente él era un tipo muy autodestructivo y destruía lo que lo rodeaba, no es que solamente se arruinaba la vida a sí mismo sino que jodía a los demás. La fajaba, la tenía totalmente bajo control”.

Las hermanas empezaron a verse mucho menos. Gabriela se había ido a vivir sola y no soportaba a los nuevos amigos de Soledad: tenía la sensación de que la usaban, que se aprovechaban de la generosidad de su hermana -y del dinero que ganaba trabajando muy duro con los perros. Porque Soledad siempre había sido capaz de entregar todo lo que tenía.

“Si hay algo que ella tenía era un corazón enorme”, dirá Lorena Dussort, su amiga y ex colega. “Me acuerdo que cuidaba a algunos chicos de la calle. Una vez cayó a la plaza con una bolsa de nike y le digo ‘che te compraste zapatillas, ya era hora...’. Y me dice ‘no, no son para mí, son para él’. Le había

comprado un par de zapatillas al nene que pedía en Salguero y Las Heras. El pibe estaba feliz. Y no sólo eso, también se lo llevaba a comer a la casa. Hacía esas cosas, que no las hace todo el mundo. Y era de ayudarte en todo, plata, otra cosa, lo que fuera. Era una mina buena, todo lo que hacía lo hacía de corazón, nada era falso”.

Lo de las zapatillas no era casual: a esa altura, Soledad se había despreocupado completamente de su atuendo. Se había comprado un jeep pero no gastaba nada en ropa: a lo sumo se compraba un pantalón en una feria de ocasión, y era raro verla sin su uniforme de jeans, zapatillas y una remera muy común. No se pintaba y se había cortado el pelo muy cortito. “Estaba muy errática”, dirá Gabriela Rosas. “En esa época era una persona que andaba de acá para allá buscando qué hacer con su vida, que no encontraba su camino”.

Me pregunto qué podemos llamar “un camino”. Y me pregunto, ahora, ante estas líneas, cómo y para qué dibujar ese camino. Si tiene sentido cristalizar una vida si aceptamos -si es que aceptamos- que una vida está hecha de cambios como el tiempo está hecho de futuros. Y me pregunto, sobre todo, a esta altura, qué le preguntaría si pudiera -si la encontrara, si pudiera encontrarla, qué le preguntaría. Si, sentado frente a ella, me atrevería a preguntarle si Gabriel le pegaba, por ejemplo, si es cierto que se peleaba tanto con su padre, si le importaba de verdad, si coger le era un gusto o una forma de pagar el amor, si su madre la cuidaba o asfixiaba, si su hermana era en serio una amiga, si quería tener mucha plata alguna vez, si no le preocupaba pasarse tanto tiempo con sus perros, si pensaba a veces en su muerte, si alguna vez soñó con futuros heroicos: esas cosas que no me atrevo a preguntarle a casi nadie -y que, por momentos, contesto en su lugar.

“Es una edad muy fascinante esa en que a uno le gustaría que lo mataran para enterarse, después de muerto, de lo que dicen de uno”, escribió hace casi un siglo Rafael Alberti.

Y después me pregunto si serían importantes sus respuestas. ¿Aceptaría que cada cual tiene sobre sí mismo derecho a la respuesta? ¿Que el relato que vale es el que uno se inventa? Dudo: mi relación con ella es fatalmente unívoca. No habrá preguntas, sólo algunas respuestas lo bastante confusas. Pero hay algo más raro: con todas las dudas, con todos los reparos, terminaré por dibujar una imagen de ella que conocerán muchos más que los que la conocieron de verdad. ¿De verdad? ¿O debería decir en carne y hueso? ¿O debería decir en realidad, en la realidad? ¿O debería callarme?

En marzo de 1995 Soledad Rosas tomó un par de decisiones importantes. Por un lado, dejó el profesorado de Educación Física y empezó la carrera de Administración Hotelera en la Universidad de Belgrano. El tema no le interesaba especialmente pero tenía ciertas ventajas: era una carrera que no le exigiría mucho, y con ella tranquilizaría a sus padres, cada vez más preocupados porque la nena no parecía completar su educación; la carrera, sobre todo, era corta: en sólo dos años conseguiría un título que le daría la posibilidad de trabajar en distintos lugares, de viajar con un oficio en la mochila. La Universidad de Belgrano era cara pero ella podía pagar los 500 pesos mensuales con el dinero de los perros; estaba llena de nenas y nenes de papá pero ella pensó que no tendría por qué adaptarse a ese ambiente: que aun allí podía seguir siendo sí misma.

“Soledad era muy abierta, muy expuesta, una piba que parecía frágil”, dirá Juan Gramático, su vecino de Villa Rosa. “Y Gabriela era más cool, más fría. Sole, en ese sentido, era más piola. Yo siempre la vi como una chica que no terminaba las cosas que empezaba. Ella me comentaba sueños que tenía y después era como que se frustraban. Era bastante soñadora, Solita. Lo que pasa es que los padres son especiales. Son amigos míos, pero él es muy autoritario, la madre es una mina muy absorbente, el viejo también, por ahí no te dejan crecer, son bastante pesados. Y Soledad parecía más una piba que no había podido concretar cosas, sentía una deuda grande con todo. Y mucha carga de culpa con la relación familiar. Si hacía algo, lo hacía sin gusto. De repente hizo una carrera de hotelería que no le importaba ni ahí. No le gustaba, y lo tenía que hacer por las presiones. Ella paseaba perros, y eso lo había creado ella. Y levantaba unos buenos mangos. En un momento, a los viejos se les ocurre que

ella podía armar acá en Villa Rosa aquel pensionado canino. Y ella lo hizo, y le fue bien, le tenían confianza. Y fue un éxito, pero como se metieron los viejos, ella le restó importancia”.

Soledad decidió que ya era hora de intentar vivir sola. Estaba por cumplir veintiuno y nunca había salido de la casa de papá y mamá. Gabriel se entusiasmó: le parecía que era la mejor manera de asegurar su relación. Primero les pidieron a los padres de él la garantía necesaria para el alquiler:

-Solita, no quiero que te enojés pero estoy dudando de la garantía porque no sé qué va a pasar con ustedes. ¿Y si después no cumplen? Nosotros económicamente no estamos para que nos pase nada, no tenemos resto.

Les dijo Marta Zoppi. Soledad se hizo cargo:

-No te preocupes, en serio, no te preocupes. Yo voy a hablar con mi papá y lo vamos a arreglar.

Un par de días después Soledad les dijo a sus padres que quería alquilar un departamento para irse a vivir sola.

“Soledad nos dijo que quería tener la experiencia de vivir sola, a ver cómo se arreglaba”, dirá Marta Rosas, su madre. “Entonces le preguntamos si quería uno de nuestros departamentos: en uno vivía mi madre y el otro estaba alquilado. ‘No, prefiero otro, lejos, porque si estoy acá te vas a meter a lavarme la ropa, a limpiar la casa, quiero tener privacidad’. Es cierto: yo soy muy metida. Así que le alquilamos un departamento en Billinghamurst y Charcas. De un ambiente, lindo, con una terracita. Con mucha ilusión la ayudamos en todo lo que pudimos”.

-Mamá, ¿me vas a hacer la cortina del baño como se la hiciste a Gabriela?

-Sí, te la voy a hacer.

-Mamá, ¿me vas a hacer la cortinita de la cocina?

-Sí, te la voy a hacer.

Recuerda su madre, y que Soledad “se compró la heladera, se llevó el televisor, el equipo de música, un escritorio. Y el día que va Luis, mi marido, a conectarle los artefactos del baño, nos encontramos con que estaba todo invadido por cosas de Gabriel. Lleno de posters, un espanto, toda la ropa de él. Ella dijo que en ningún momento le dijo a Gabriel que fuera, pero que él se instaló ahí y después era un problema sacarlo... Luis se enojó mucho, se dio media vuelta y se fue. Discutieron un montón, él le dijo que lo había engañado, que él le había alquilado ese departamento pensando que era cierto que era para vivir ella porque quería probar cómo era estar lejos de papá y mamá...”.

Era cierto que quería probarlo; también lo era que quería vivir con su novio -y no había sabido cómo decírselo a papá y mamá. Sus relaciones con su padre no eran fáciles: “Ella y él siempre se llevaron mal”, dirá Gabriela Rosas, su hermana. “Se peleaban por cualquier cosa. Mi papá es un tipo muy agresivo y Soledad era muy sensible. Papá decía dos cosas y Soledad enseguida se ponía a llorar y terminaba dando un portazo y yéndose. Se peleaban por cualquier cosa: porque le había encontrado un porro en el cajón o por el baño o los horarios. No se llevaban bien, nunca tuvieron una buena relación. Se querían mucho pero nunca pudieron entenderse. Era mutuo. Ella no era la hija que él había querido tener, ni él el padre que ella habría querido. Se amaban, mi papá la adoraba y ella lo quería. Pero ninguno de los dos respondía a lo que el otro hubiera querido que fueran. Sole en un momento empezó a ser distinta de lo que fue educada, de lo que se esperaba de ella, una hija de papá de clase media, de colegio privado. Empezó a diferenciarse de todo eso cuando terminó el colegio y ahí vinieron los problemas. Cuando se sacó el uniforme y empezó a vestirse como ella quería. Cuando empezó a elegir, cuando empezó a pasear perros, cuando empezó a hacer algo distinto a lo que supuestamente debía hacer empezaron los quilombos con mis viejos, sobre todo con mi viejo. Mi papá la insultaba mucho, Soledad lloraba. Las discusiones eran verbalmente muy agresivas, muy subidas de tono. Y Soledad se terminó convenciendo de que no servía para nada, de tanto que lo escuchó. Mi hermana tenía muy baja su autoestima. No se valoraba, no se quería, no se cuidaba”.

La situación era insostenible. Algunas noches Soledad dormía con un cuchillo debajo de la almohada por miedo a los ataques de Gabriel. Estaba desorientada: ¿cómo podía ser que un amor tan fuerte

incluyera semejantes horrores?

“Yo creo que ella, en el fondo, sabía que el tipo era un tarado, y además era un peligro”, dirá su amiga Soledad Echagüe, Sole Vieja. “Una noche ella me llamó mal, él estaba muy sacado, le había pegado mucho, y me la llevé a casa. Pero él la corría con aquello de ‘te necesito, necesito que me ayudes’. Y así la historia duró mucho tiempo, era una relación muy enferma. Gabriel moría de envidia y de celos. Para él Sole era una concheta insoportable y él podía sacarle provecho. Gabriel era loco, no boludo. Te puedo asegurar que tenía toda la viveza del que sabe utilizar, eso lo tenía bien claro”.

Gabriel le hacía promesas: que iba a terminar el secundario, que iba a dejar las pastillas, que nunca más le levantaría la mano. Pero nada le duraba nada. Uno de esos días Soledad apareció con cicatrices en una muñeca. Cuando su madre le preguntó qué le había pasado dijo que se había lastimado con un vaso, pero sus padres no terminaron de saber si era verdad.

La convivencia era imposible -y Soledad tampoco tenía una gran paciencia: al cabo de dos meses estaba de vuelta en casa de sus padres. Pero la separación tampoco duró mucho; días más tarde había vuelto con él: lo amaba demasiado -o eso creía, que no es lo mismo pero es igual.

Su habitación en la casa familiar se había vuelto un lugar impersonal, casi un cuarto de huéspedes con las paredes vacías, sus objetos guardados, su música exiliada en casas de amigas. Su verdadero lugar, en esos días, era una mochilita donde llevaba lo poco indispensable: ya había salido de su casa familiar, todavía no había llegado a otra. Muchas veces dormía en lo de su hermana -en Caballito- o en lo de Sole Vieja -en Martínez.

“Sole era un ser profundamente generoso”, dirá su amiga Sole Vieja. “A veces ella se quedaba a dormir en casa, entonces salía muy temprano y se iba a comprar facturas para los demás paseaperros, que si no no desayunaban. Era muy generosa y eso hacía de imán para este tipo de gente. Y se vestía como ellos, discutía de fútbol de igual a igual, era una más”.

Todos los días, más allá de lo que hubiera pasado la noche anterior, se levantaba a las seis de la mañana para salir a buscar su jauría; Soledad era seria y sus clientes seguían confiándole sus animales y las llaves de sus departamentos. Y por las tardes iba a la Universidad. En julio rindió su primer final: un ocho en Organización hotelera. Además de inglés, que sabía desde chica, tuvo que estudiar materias tan excitantes como Comunicación empresarial, Administración de personal, Estructura y Equipamiento hotelero, Gastronomía, Seguridad y Mantenimiento, Computación, Marketing hotelero. Nada que le interesara demasiado, pero cumplía sin problemas. Era, en esa facultad de jóvenes atildados y correctos, un bicho raro: alguna vez, desconfiado de su aspecto, el portero no la dejó entrar.

-Yo me cago en los compañeros que van vestidos de punta en blanco. Yo vengo de laburar, de pasear perros y voy vestida como estoy.

A Soledad no le importaba, pero a veces negociaba, jugaba el juego: cuando tenía que dar un examen, por ejemplo, se vestía con más cuidado.

“Entonces Sole me llamaba y me decía ‘me voy a vestir a tu casa, porque yo no tengo nada, no tengo qué ponerme’”, dirá Gabriela Rosas. “Era un problema para ella. Con todo se sentía mal. Nunca una pollera, jamás. Y terminaba con un pantalón de corderoy oscuro y una campera más o menos. Cuando tenía que comprar ropa me pedía que la acompañara: para ella era todo un esfuerzo el tema de vestirse. Sí, había una cosa de rebeldía en ella, pero no era sólo la ropa. Era algo que se fue dando; ella no tenía un discurso claro sobre ella misma. Por lo menos yo no se lo percibí. No sé si ella sabía contra qué era rebelde en ese momento, qué era lo que le estaba pasando. Creo que sí lo encontró después, pero hasta ese momento era como un ‘soy así, no sé por qué soy así’. Y se veía que estaba confundida porque andaba de acá para allá buscando dónde vivir, con quién sentirse bien, quiénes eran sus amigos y quiénes no. Se sentía incómoda pero no tenía muy claro por qué, ni qué la incomodaba o qué de ella misma le desagradaba. Porque tenía como un desagrado sobre ella misma, sobre lo que estaba haciendo, sobre su vida. Había una especie de nada, como un vacío en ese momento. Fueron dos o tres años, de los veinte o veintiuno a los veintitrés, ese vacío”.

“Yo le demostré a Soledad que ese tipo era un cagón”, me dirá Luis Rosas, su padre. “Un barra brava es un cagón, un tipo que trabaja de patota. Yo una vez tuve un problema con él, cuando Soledad ya se había peleado con él y yo me enteré que él le había pegado y la seguía jodiendo, entonces me fui a la casa de él, le toqué el timbre, lo agarré de la solapa, le dije de todo, lo traté de maricón de mierda y el pibe no reaccionó. Entonces le dije a Soledad ves que es un cagón, un patotero, que reacciona solamente cuando está en patota...”

Aquella primavera se le fue intentando separarse definitivamente de Gabriel, pero él no se dejaba. A veces se aparecía en la plaza Las Heras y le pedía perdón, le hacía nuevas promesas; otras la amenazaba, le ahuyentaba los perros, le tiraba las correas tras las rejas de la escuela. Alguna vez la pelea se hizo tan violenta que un par de policías se acercaron a ver qué pasaba. Muchas mañanas su madre la acompañaba para tratar de disuadir a Gabriel, si llegaba a presentarse.

“Nosotros estábamos muy preocupados”, dirá Marta Rosas. “Teníamos miedo de que el tipo la matara, que le hiciera algo. Entonces Luis, mi marido, fue a hablar con el padre de Gabriel. Y el padre le dijo ‘es loco, no sabemos qué hacer con él, ojalá estuviera muerto’, por los dolores de cabeza que le daba: imaginate vos lo que padecería esa familia”.

“Mi marido nunca me dijo eso”, dirá Marta Zoppi, la madre de Gabriel. “No, mi marido me lo hubiera dicho. Somos de confiar entre nosotros. Inclusive se lo voy a preguntar. Quizás fue así y mi marido no me lo dijo para que no me haga problema. Soledad y Gaby se peleaban y él estaba caído. A los pocos días yo bajaba de casa y me los encontraba en la puerta a besos y abrazos y muertos de risa. Lo que me dijo su amigo Martín, que después falleció en un accidente, es que, para Gabriel, María Soledad era el amor de su vida. Chicas había tenido muchas, pero el amor de su vida era ella”.

Soledad no sabía cómo sacárselo de encima -y, a veces, no estaba convencida de querer hacerlo. Su entuerto con Gabriel se había convertido en una cuestión para su familia y sus amigos. Alguna vez su hermana Gabriela se lo cruzó por la calle y le dijo que la dejara en paz de una buena vez.

-¡Vos metete en tu vida, qué te creés, no vas a seguir controlando a tu hermana como si siempre tuviera diez años!

Otras veces sus amigas intentaban distraerla presentándole amigos. Tras una de sus variadas peleas, Lorena y Adrián, su marido, le propusieron una salida con un vecino:

“Era el carnicero de la vuelta. Era feo, y aparte tenía una moto con computadora, era un personaje”, dirá Lorena Dussort. “Se lo presentamos porque una vez él la vio en una foto y le encantó. El tipo nos dijo que tenía un problema: ‘es un lío; a mí cuando conozco una mina que me gusta me pongo al palo’. Y yo le dije ‘está todo bien, con Soledad está todo bien’. Me acuerdo que cuando Soledad lo vio se le transformó la cara. Y me llamó y me dijo ‘qué es esto, de dónde lo sacaste’. Yo le dije ‘Soledad no te vas a espantar, que vos tenés cada amigo, dejate de joder...’. Y ella me dijo, yo voy con vos en la moto, ni sueñes que me voy a subir ahí. Yo en esa época tenía una motito. Entonces nosotras nos subimos en la mía y Adrián y el carniza en la otra. Íbamos por Libertador, y paramos a comer algo por Martínez. El flaco estaba que se derretía. Y la buscaba todo el tiempo, de toquetearla, ya se zarpaba... Y Soledad me dijo ‘vos sos una zarpada, encima está muerto de hambre’. Y yo le dije ‘Soledad vos lo estás provocando, ése es tu problema’. El pibe debe haber dicho ahora o nunca. Así que se rezarpaba, la toqueteaba por todos lados, la otra lo cagaba a trompadas. Y así y todo no era una mina que se te ofendiera. Al otro día me dijo ‘yo con vos no salgo más’. Pero después nada”.

La separación no se concretaba. Gabriel se deprimía, lloraba, recaía en sus pastillas, se desesperaba ante la psicóloga del hospital Fernández: un chantaje bastante completo. Cuando él se tuvo que operar de un menisco, ella aprovechó para alejarse; en esos días una amiga de la familia Zoppi la fue a ver para pedirle que no lo dejara:

-Él es un buen pibe, en el fondo, y te adora. Si le tenés paciencia, si lo ayudás, vas a ver cómo sale.

-Yo también lo quiero, pero hace más de un año que estoy tratando de ayudarlo y no pasa nada, sigue igual. Yo así no puedo, ya no consigo estudiar ni trabajar ni nada. No, así no puedo más.

Cuando él se curó y volvió a las calles del barrio los encuentros se hicieron frecuentes otra vez; entonces Soledad repartió los perros entre sus colegas de la plaza y aceptó la invitación de un muchacho que había conocido poco antes para reunirse con él en el Brasil: era una decisión tajante pero le pareció la única forma de cortar del todo con Gabriel. Y además ya se iba haciendo hora, se dijo, de empezar a ver mundo.

5. GOLPES

Nadie recuerda el nombre de ese muchacho. (Decir nadie recuerda es una convención; es decir: yo no he podido encontrar a nadie que recuerde el nombre de ese muchacho cordobés que Soledad fue a ver al norte del Brasil.) Sí sabemos que en esos días, verano del '96, Soledad salió de Buenos Aires con dos chicas que conocía de la plaza Las Heras: María y la India. Y que llevaba más de 1.500 dólares en traveller-checks porque pensaba quedarse varias semanas por allí y que con ellos y ellas llegó una tarde a Porto Seguro, estado de Bahía.

El cordobés la recibió sin grandes efusiones y le pidió que cambiara sus cheques: iban a poner juntos un chiringuito de venta de bebidas en la playa y necesitaban pagar los gastos iniciales. Soledad lo hizo y se instaló con sus amigas en una cabaña alquilada; ya se habían dormido, esa primera noche, cuando las despertaron los ruidos que hacían tres morochos con cuchillos: los locales las amenazaron con relativa calma y, sin más agravios, las desvalijaron. Habían tenido suerte, pensaron después, mientras empezaban a recuperarse del susto, de que todo se hubiera limitado a un robo, pero lo cierto era que estaban muy lejos y muy pobres. El cordobés nunca más apareció: Soledad siempre dudó sobre su intervención en ese robo.

Soledad tenía recursos: un tío suyo, hermano de su padre, llevaba muchos años viviendo en San Pablo y, en ese momento, pasaba vacaciones en un hotel lujoso de Ilheus, a 200 kilómetros de allí. Soledad consiguió unas monedas para subirse a otro ómnibus y lo fue a buscar. El hombre se sorprendió: la última vez que había visto a su sobrina era una nena prolija y bien vestida y ahora se le aparecía una especie de hippie con el pelo cortajado y la ropa en emergencia sanitaria. Pero le dio la plata necesaria: Soledad pudo pasarse más de un mes en campings y playas solitarias del norte de Brasil, con sus amigas porteñas y todo un grupo que se hacía y deshacía sin parar.

El 2 de marzo de 1996, 3.000 personas se reunieron en la plaza de Sant'Ambrogio di Torino, un pueblo del Piamonte, en el extremo norte de Italia. Sant'Ambrogio está a menos de 20 kilómetros de un pueblo mayor que se llama Collegno, a la entrada del valle de Susa, que comunica Italia y Francia a través de los Alpes. Esa sábado y todavía hacía frío en la montaña; los 3.000 se habían juntado para hacer pública su oposición a un proyecto que estaba revolucionando el valle: "No queremos terminar como los indios de las reservas", gritaban sin gran ritmo. Unas semanas antes los ministros de Transportes de Italia y Francia habían firmado el acuerdo para iniciar las excavaciones preliminares que llevarían a la construcción del TAV, un "Tren de Alta Velocidad" que correría entre Turín y Lyon. Los vecinos y la mayoría de los intendentes de los pueblos del Valle temían por la preservación de sus lugares, sus casas, sus cultivos, su cultura y querían expresarlo.

Soledad Rosas no leyó esa noticia en los diarios argentinos: en principio porque no leía mucho los diarios y, además, porque los diarios argentinos no publicaron esa noticia -ni tenían por qué.

Soledad volvió flaca, cansada, contenta: había salido al mundo y descubierto que podía sobreponerse a sus peligros. Al otro día la llamó su amigo Fabián y le dijo que tenía que verla urgente.

-No sabés lo que pasó, loca. Ale se mató.

-¿Cómo?

-Se mató, se tiró abajo de un tren.

-¡Abajo de un tren!

La muerte de Alejandro nunca quedó del todo clara. Era seropositivo y solía deprimirse: esa tarde estaba cruzando las vías cerca de la estación de Flores con su sobrino menor. Alejandro se retrasó: lo único que vio su sobrino fue que el tren le pasaba por encima; nunca se supo si se había caído, si había tropezado, si se había tirado.

-No sé, Sole, la verdad que no sé si se tiró, se cayó, qué carajo. Todos dicen que se mató, pero yo sé que él no se quería matar. Tenía a su hija, la quería un montón... A veces hablaba de matarse, que ya no se la bancaba, pero yo sé que no era en serio... Ale no se quería morir.

Soledad patinó. Fue su primer encuentro cercano con la muerte y la sorprendió la violencia de ese choque. Había algo impensable en todo eso: últimamente no lo veía tan a menudo, pero la idea de que Alejandro no fuera a aparecer nunca más, que nunca más irían a fumarse un porrito a la plaza, a tomarse unas cervezas en el bar de la Reina, le parecía una aberración. Y no terminaba de entenderla: la muerte es un aprendizaje complicado.

Soledad estaba desconsolada. Esa noche se fue a ver a Sole Vieja, que ya se había mudado a Caballito: “Yo tenía una vecina que me obsesionaba porque le gritaba mucho a sus hijos”, dirá Soledad Echagüe. “Mi departamento era chiquito, se oía todo, y yo detesto que se les grite a los niños. Creo que los niños, los animales y las plantas tienen que tener un cuidado aparte. Y ese día yo estaba tirada en la cama y Soledad se daba una ducha con la puerta abierta y me contaba, lloriqueando, de la muerte de este chico. Y en el medio se escuchaban las puteadas de la mina al hijo. De repente Soledad abre la ventana, la muy zarpada, se asoma y le grita ‘callate, yegua, sos una hija de puta’. Yo me quería morir. La mina nunca más les gritó a los chicos. Fue un flash eso. Fue rara la situación; digo, que en el medio del lloriqueo, la tipa se ocupó de abrir la ventana y gritarle a la mina. Qué loco, ¿no?”.

Aquella noche las dos Soledades se quedaron despiertas hasta muy tarde, con una botella de vino y muchas preguntas:

-¿Vos creés en el infierno, Ma?

Sole Vieja tuvo un ataque de risa:

-No, nena, tampoco la pavada. El que cree en un Dios que te castiga no cree realmente en Dios, ni en pedo. Dios no es eso, nena.

Sole Vieja era su amiga creyente y, a veces, Soledad trataba de que le explicara ciertos misterios. Pero esa noche era especial: la muerte se había acercado demasiado. “Ella no decía que fuera religiosa pero lo era”, dirá Soledad Echagüe. “Yo soy profundamente creyente y ella conmigo hablaba mucho de esas cuestiones. No era practicante, no iba a misa, pero creía un poco en todo eso. Hablábamos mucho de la encarnación, yo a veces le leía algún párrafo de algo que había leído. A ella le hubiera encantado, por ejemplo, poder acordarse de sus reencarnaciones anteriores. Me acuerdo que yo había leído Muchas vidas, muchos sabios de Brian Weiss, un psiquiatra norteamericano que hizo un estudio sobre la hipnosis. Tenía una paciente que tenía ahogos y que no se le iban y decide probar con la hipnosis. Por medio de la hipnosis descubre que la mina, en vidas anteriores, murió en un maremoto. Y va contando las distintas sesiones. Y esa noche hablamos mucho del tema. Pero ella cuando llegábamos a cierto punto le daba miedo, yo le ofrecí prestarle el libro y ella me dijo que mejor no, ¿me entendés?”.

La muerte de Ale no era lo único que la debilitaba en esos días. Una semana después seguía cansada, sin fuerzas, y fue a ver a un médico: tenía una hepatitis galopante. Su madre imaginó que se la había contagiado con el agua de esas playas semisalvajes. Pero no era seguro.

“Allá en Brasil Soledad conoció un montón de gente y vivían todos tipo tribu”, dirá Cecilia Pazo, su prima. “Todos en carpa, en la playa, donde podían. Había toda una cosa de hermandad. Me acuerdo que le dije que la había sacado barata si se había traído solamente una hepatitis y ella se cagaba de risa. ‘¿Cómo le vas a decir a un pibe que se cuide? No, somos todos hermanos, todo bien y que fluya’, me decía”.

Soledad necesitaba cuidados, un poco de mimos, y se fue a pasar su enfermedad a Villa Rosa, a la

quinta de sus padres. Sus amigos la iban a visitar. “Era un cachorrito, divina”, dirá Fabián Serruyo. “Estaba tirada ahí en la camita, indefensa, con cuarenta y pico de grados de fiebre. Me acuerdo de estar ahí con ella. Yo tenía hepatitis crónica, así que tampoco me importaba si me iba a contagiar. Muy cariñosa, era de acariciarte y yo de acariciarla a ella. Una cosa lindísima la relación que teníamos. Ahí estaba, indefensa, con hepatitis. Se comió como cuarenta días en cama, pobrecita”.

Me pregunto cómo se empieza a delinear un personaje. Veo que van apareciendo por fin algunos temas y me pregunto qué tenemos, ahora, qué por el momento. ¿Una chica insegura, generosa, agresiva, bonita, tímida, atrevida buscándose un lugar en el mundo? ¿Buscando su lugar en el mundo? ¿Un típico exponente clase media porteña barrio norte? ¿Un típico exponente aburrimiento juvenil sin horizontes? ¿Un típico exponente hija protegida tratando de romper? ¿Un típico exponente chica argentina chocando contra los muros de la patria? ¿Un típico un carajo, los exponentes son simplificaciones? ¿Una chica de la que nunca sabremos realmente nada, como de nadie, como siempre, aunque vayamos suponiendo, atribuyendo, dibujando perfiles que pueden, incluso, parecer posibles? Debe ser espantoso, imagino, caer en manos de un biógrafo aprendiz.

Fatiga no era un cachorrito: era la perra que había acompañado a las hermanas Rosas durante la mayor parte de su vida, y estaba muy cansada. Ya llevaba doce o trece años corriendo con ellas por zanjas y charcos, saltándoles de gusto cada vez que las veía, compartiendo su casa con los demás perros que las muy ingratas le traían sin jamás una queja.

Aquella noche de otoño María Gabriela y María Soledad estaban solas en Villa Rosa; hacía mucho frío y las dos se acurrucaban junto al fuego. Soledad estaba leyendo un libro que le había prestado Gabriela: el primer tomo de la trilogía Memorias del Fuego de Eduardo Galeano. Silvia Gramático, su vecina, le había ofrecido participar con ella en la preparación de una obra de teatro; Soledad se entusiasmó y empezó a armar unas escenas sobre la conquista de América y el destino desgraciado de sus indios. De pronto redescubrió uno de sus orígenes: ella también descendía de esos indios mapuches que otro de sus ancestros, el Restaurador, había masacrado. Soledad se basaba en el libro de Galeano para contar el choque, la violencia de los conquistadores, la miseria de esos primeros habitantes. Pronto la empezarían a ensayar en un ateneo radical de Congreso que Silvia había conseguido. Soledad no era una gran lectora, pero el tema la conmovía más que lo que hubiera imaginado.

-Che, eso que se oye debe ser Fatiga.

-Sí, estará dando vueltas por ahí.

Estaban cómodas y no tenían ninguna gana de salir, pero los aullidos de la perra se hicieron insistentes.

-Vamos, le debe pasar algo.

Tardaron en encontrarla: estaba echada contra un arbusto en la otra punta del jardín y respiraba muy difícil. Entre las dos la levantaron: la perra debía pesar más de 50 kilos. Con esfuerzo la llevaron para adentro: Fatiga se quejaba despacito. Llevaba semanas enferma y se la veía muy débil, moribunda.

-Está sufriendo mucho, Gaby. ¿Qué hacemos?

En el botiquín de la casa tenían unas dosis de valium que habían usado con un perro epiléptico en la época del pensionado.

-Si le damos una inyección de valium se va a quedar dormida, sin dolor, y se va a morir tranquila.

-Pero se va a morir.

-Sí, se va a morir.

“Y así fue”, dirá Gabriela Rosas. “La perra se durmió ahí, calentita, con nosotras. Hasta movía la cola, no me olvido más. Estaba ahí el fuego, la perra tirada en el medio, nos miraba, movía la cola y así se quedó dormida y se murió. Al día siguiente hicimos un pozo y la enterramos entre las dos, mi hermana y yo”.

En la noche del 23 de agosto de 1996 los descontentos del Valle de Susa -en el Piamonte italiano- inauguraron otros métodos: dos bombas molotov quemaron una perforadora de la Consonda -la sociedad encargada de los sondeos del terreno necesarios para la construcción del Tren de Alta Velocidad- cerca de Bussoleno, uno de los pueblos más importantes del Valle. Los daños se calcularon en 50.000 dólares; unas pintadas firmaron el operativo: “Alto al TAV”, “No al Alta Velocidad - No a Maastricht - No al presidencialismo”, “Ahora y siempre, Resistencia”.

Soledad Rosas tampoco había leído esa noticia en los diarios argentinos: en principio porque seguía sin leer mucho los diarios y, sobre todo, porque los diarios argentinos no publicaron esa noticia -ni tenían por qué.

Soledad seguía su camino con tropiezos que, a la distancia, parecen tan menores. En esos días una amiga suya, hija de unos amigos de sus padres, se casaba en Rosario: “Agarramos el auto y nos fuimos los tres para allá”, dirá su padre. “Ella había trasnochado, durmió todo el viaje. Cuando llegamos al hotel en Rosario me puse a sacar las cosas de las valijas y me encontré con un paquete como de cien gramos de picadura de marihuana”.

-¿Y esto qué mierda es?

-No, me lo encargó un amigo, se lo tengo que dar.

-Yo te creo que te lo encargó un amigo, pero vos me querés mandar en cana que yo ande por una ruta con esto.

Le contestó a los gritos. “La verdad que esa vez le dije de todo”, dirá su padre. “No le pegué, pero la maltraté al máximo, y agarré la marihuana y la tiré por el inodoro. No porque me asuste, Soledad se habrá fumado todos los porritos que sea, pero que no sea pelotuda, si a mí me agarran con dos porritos no pasa nada pero si nos agarran con eso el pelotudo que va en cana soy yo. Ella se enojó muchísimo y después un día me dijo sí papá, tenés razón. Lo que pasa es que Soledad no sabía decir que no, era un grave defecto que tenía. Y creo que eso le costó muy muy caro”.

En esos días Soledad pasaba mucho tiempo en Villa Rosa. Sus amigos solían visitarla allí: la quinta de los Rosas era un espacio muy abierto, donde casi todos eran bien recibidos, y los fines de semana se llenaba.

“Ella siempre trataba de llamar la atención, como si necesitara que le hicieran caso, que se dieran cuenta de algo”, dirá Cecilia Pazo, su prima. “Todas esas cosas eran toques de atención. Estaban esos novios que llevaba a su casa, que me parece que no era necesario llevarlos. Podés estar con cualquiera pero no necesariamente presentárselo a tu familia. El modo de vestirse, de pensar, de hablar. Por la calle la miraban mucho porque andaba con todo suelto. Pero se ponía un vestidito, se pintaba un poco y era una diosa. Era una muñeca, las medidas todo. Petisita pero una modelito. Un sábado que fuimos a su quinta con todos los amigos de mi marido, Soledad se puso a tomar el sol en topless: los monos estaban todos desesperados. Pero ella manejó la situación; ¿te creés que alguno se animó a zarpase? Te aseguro que eran trece boludos y estaban todos atónitos porque ésta estaba con un porte como diciendo ‘¿Perdón? ¿Pasó algo?’ Y en vez de estar incómoda, incomodaba al resto. Y al que no le gusta que no me mire o que no venga. Estas cosas son las que te digo, de buscar siempre el desorden. Por eso te digo”.

Soledad seguía sin tener muy claro qué quería; por el momento terminaría su carrera y seguramente después podría viajar un poco: “Sole estaba re enganchada conmigo porque su gran sueño era viajar”, dirá Soledad Echagüe, Sole Vieja. “Y yo era la única del grupo que había viajado a Europa: en plena represión me fui a Inglaterra a vivir un año sola, no podía creer que había un mundo tan maravilloso y tan diferente. Siempre le contaba a Sole, y le decía ‘vos, petisa, tenés que viajar porque se te va a partir la cabeza’. Siempre jugábamos y fantaseábamos con la idea de viajar juntas. Ella me escuchaba todos mis cuentos de mis viajes como yo escuchaba a mi abuela y le pedía que me los repitiera”. Viajaría, sin duda viajaría, pero eso no terminaba de armarle una vida.

Aquel invierno Soledad empezó a charlar más con su vecino Ezequiel, el hijo mayor de Silvia y Juan

Gramático. Al principio Ezequiel era mucho más chico -tres años más chico- pero ahora esa diferencia ya no era importante. Ezequiel era un jovencito muy inquieto, conectado por internet con grupos under europeos y enganchado aquí con gente de fanzines y del ecologismo radical.

-Sí, dice “no va a haber compromisos, no más negociación. Si te negás a cambiar entonces sos... sos culpable y tenés que ser destruido”...

-Heavy, los pibes.

-Re.

Ezequiel y Soledad estaban en la casa de él en Villa Rosa: escuchaban un cassette de un grupo americano, Earth Crisis, y ella le traducía la letra:

-Sí, y después dice “sos un diablo con sangre en tus manos, tu muerte traerá su libertad”, dice “their freedom”, no sé, “la libertad de ellos. Yo no puedo quedarme ahí parado y dejar que mueran los inocentes...”.

-¡Guau!

“A Soledad empezaron a interesarle ese tipo de cosas”, dirá Ezequiel Gramático, su vecino. “Y yo a veces la invitaba a alguna acción. Por ahí había un antiMcDonald’s o una cosa así y la invitaba, porque me parecía una chica buena, de buenos sentimientos, inteligente, fuerte... Una persona muy sensible, parecida a los demás integrantes del grupo, que era toda gente muy humana”.

Aquel invierno Soledad emprendió sus primeros intentos militantes. Una tarde de sábado Ezequiel y ella se subieron a su jeep y fueron hacia General Rodríguez: allí se encontrarían con más gente del GAPLAH -Grupo Autogestionario por la Liberación Animal y Humana-, dos docenas de pibes de Pilar y General Rodríguez con militancia ecologista y vagamente libertaria. Querían formar un piquete a la entrada de un circo que había llegado al pueblo y que, decían, maltrataba a los pocos animales que tenía.

“Ella estaba medio emocionada, era la primera vez que iba a participar en una acción de éstas”, dirá Ezequiel Gramático. Pero la acción fue casi un fracaso: cuando se encontraron descubrieron que no llegaban a la media docena, que no eran suficientes para pararse frente a la entrada de la carpa, que si lo intentaban los del circo los correrían a guantazos. Así que se limitaron a repartir sus volantes en las calles de General Rodríguez y se volvieron a sus casas. Soledad no se desanimó: le había gustado hacer, por fin, algo que se pareciera a sus ideas.

“Pero bueno, ella nunca estuvo muy involucrada en estas cosas”, dirá Ezequiel. “Yo creo que habría podido meterse más, de a poco, si se hubiera quedado. Pero no tuvo tiempo”. En esos días Ezequiel le grabó su primer tatuaje: el dibujo de un pájaro-dios azteca que Soledad había sacado del libro de Galeano para ponerse en el omóplato derecho. Era una forma de sellar que empezaba a ser otra.

6. AMOR Y PAZ

Aquel encuentro había tenido muchos prólogos. Pablo Rodríguez venía soportando el asedio de su hermana Laura para que conociera a su nueva amiga Soledad, y tantas veces Laura le había dicho a su nueva amiga Soledad que tenía que conocer a su hermano Pablo.

-Vas a ver, se van a entender bárbaro. Haceme caso, él es justo para vos.

La primera falló: Pablo no fue a la fiesta que Laura organizó. Después, cuando se enteró de que Soledad sí había estado y se había ido con otro pibe, le dio un ataque. Pocos días más tarde Pablo fue a ver a su hermana y, por casualidad, estaba Soledad: se quedaron conversando horas y horas, hasta el fin de la noche. El azar es una causa insuperable.

-Sí, para mí la gran boludez fue volverme. Allá me sentía tan bien conmigo misma... No sabés las ganas que tengo de irme de nuevo a Brasil y no volver, loco, quedarme allá, una playita...

-¿En serio? Yo estoy igual, che, me parece que si pudiera vivir allá sería feliz. Sabés, allá tengo como una familia que...

Hablaron del mar, de la naturaleza, de ciertos pajaritos, de algunas decepciones y quedaron en llamarse pronto: quizás podrían ir juntos a un encuentro que se estaba preparando en Villa Gesell, unos días después, a favor de los indios argentinos. Soledad, en esos días, compartía un coche, un Lada, con su madre: para viajar a Gesell tendrían que pasar a buscarlo por la quinta de Villa Rosa. Fueron, pero su madre no quiso dárselo:

-Pero no, Sole, cómo te vas a ir en el auto con alguien que ni conocés, que lo viste dos veces.

Pablo Rodríguez tenía veintinueve años, rulos enhiestos, el cuerpo flaco y alto, ojos muy claros, aires de hippie persistente: trabajaba un par de días por semana con su madre, una psicóloga que hacía un programa sobre partos en la televisión por cable, y se estaba separando de una novia brasilera. Pablo, además, tocaba la batería en una banda que hacía flamenco, reggae, tango, rock&roll: lo que saliera. La banda se llamaba La Senda del Perdedor, por un libro de Bukowski, y Soledad pensó que el tipo no le daba tres vueltas pero parecía tan bueno y cariñoso que quizás valiese la pena intentarlo.

-No te preocupes, Pabli, se me ocurre otra idea.

Soledad se lo llevó enfrente, a la casa de los Gramático: Juan y Silvia no tuvieron problemas en prestarles una piecita para que pasaran su primera noche juntos. Corría octubre de 1996: su última primavera en la Argentina.

“A los dos días ella se apareció con un ojo morado”, dirá Pablo Rodríguez, su ex novio. “Se había cruzado con Gabriel y él le había pegado. Ella había cortado la historia pero se veían por el trabajo, paseando perros, y había una situación de violencia y de tensión. El flaco ya se estaba curtiendo a una amiga de ella, María, una de las que habían ido a Brasil con ella, y había todo un quilombo... Soledad también estaba un poco harta de hacer ese laburo; también había tenido unos problemas para cobrar y eso la tiró un poco abajo, porque se rompía el culo. Estaba todo un poco mal. Así que los dos pensamos en hacer otra cosa, cambiar de aires. Ahí fue que decidimos irnos a Brasil”.

Era un proyecto: muy poco más que un sueño entre cervezas. Soledad entregó sus perros a varios amigos: lo que había empezado como un recurso para ganar algún dinero le había durado cuatro años, pero ya era tiempo de cambiar de vida. Y mientras tanto se fue a vivir a la casa de Pablo en Sáenz Peña, partido de San Martín. Él la trataba con una dulzura que la sorprendía.

“Al mes Soledad ya se había llevado su mochilita a la casa de él”, dirá Gabriela Rosas, su hermana.

“En esa época ella tenía una facilidad asombrosa para hacer la mochila e irse a vivir a la casa de un novio. Ella tenía dos o tres cosas nomás, las metía en la mochila, se iba a la mierda y chau. Siempre andaba buscando algo. La casa aquella estaba llena de gatos y de perros. Pablo era un estilo hippie colgado, estaba fumado todo el día, desde que se levantaba. Él la ayudó mucho a despegar de Gabriel y de todo ese tema. Comparándolo con todo lo anterior era un tipo bueno que la quería, estaba súper enamorado de ella. Ella estaba con él, supongo, para no estar con Gabriel. No sé si estaba muy enamorada de él, pero era un buen tipo”.

Todos lo dicen, y algo falla, en general, cuando todos dicen de alguien que es muy bueno. “Sí, era un pibe muy tranquilito, muy buenito, muy lassie era el pibe”, dirá Fabián Serruyo. “En la Argentina decir que alguien es buen tipo está muy cerca de decir que es un pelotudo, también”, dirá Luis Rosas. “Era un pibe que si Soledad no se ponía las pilas, él se podía quedar tirado en la cama mirando cómo se le venía abajo el techo. A nosotros no nos gustaba un carajo, porque realmente era un sorete. El pibe no tenía ninguna perspectiva, ningún proyecto. Era bostero y su única preocupación de lunes a sábado era conseguir la guita para irse el domingo a ver a Boca. Era un tipo muy vago, no servía para nada”.

Pablo era vegetariano: Soledad empezó a interesarse en la cuestión. Leyó libros de macrobiótica, descubrió medicinas naturales, dejó de comer carne. Al principio no la impulsaba su habitual defensa de los animales: era, más bien, una forma de limpiarse el espíritu purificando el cuerpo. Siempre le había gustado cocinar: aprendió recetas con verduras, se enteró de qué comidas le curarían, supuestamente, un dolor de cabeza o un malestar hepático. Soledad comía mucha polenta, lentejas, pastas, una lata de

arvejas por día -para aprovechar sus proteínas.

-Ayer leí qué significa vegetal. Decía que significa algo que crece, algo lleno de vida. ¿No es copado? Y nosotros matando vida para comer. Somos increíbles.

Soledad había empezado a leer un poco más, a interesarse por algunas cosas nuevas. Descubría el placer de ciertos descubrimientos, encontraba razones con las que podía estar de acuerdo. Y poco a poco se fue haciendo más radical: al cabo de un tiempo ya propagandizaba las bondades de la comida vegetal ante cualquier público presente. Algunos domingos el asado familiar en Villa Rosa se convertía en un motivo de conflicto.

-Pero cómo siguen comiendo carne, che, no sean animales. ¿No entienden que no es necesario matar a un animal para alimentar a otros animales...?

El proyecto del viaje a Brasil avanzaba, pero hacía falta cierta preparación. Pablo tenía una novia en Ilha do Mel, la playa brasilera donde quería llevar a Soledad, y fue sincero:

-Mirá, antes de irnos yo tendría que hablar con ella, ver cómo es la cosa. Si vos te lo bancás yo voy antes, la veo, veo qué me pasa con eso y después entonces podemos armar el viaje juntos. ¿Te parece? Soledad lo aceptó y le regaló un colgante de cuarzo para que la tuviera muy presente. Pablo salió para Ilha do Mel, en el estado de Paraná, a principios de noviembre. Diez días después estaba de vuelta: la había extrañado tanto, le dijo, la quería, ya no tenía dudas. Decidieron hablar con los padres de ella. “Yo les dije que por ahora nos estábamos conociendo pero que nos iba bárbaro”, dirá Pablo Rodríguez, su ex novio. “Y que no sabíamos qué podía pasar pero que yo nunca le iba a pegar ni faltarle el respeto y que siempre que estuviera conmigo la iba a cuidar, iba a tratar de darle lo mejor. A ellos muy bien no les cayó. Por un lado sí, porque Sole podía apartarse un poco del quilombo, pero por otro lado nos decían ‘por qué no se quedan y hacen el pensionado de perros, y se hacen de guita’. Pero bueno, a veces no importa mucho la plata, ¿no? ¿Qué vale más, un ananá en la playa o diez lucas en el bolsillo?”.

Pablo repartió sus perros y sus gatos; Soledad rindió su última materia en la Universidad de Belgrano: Protocolo estaba llena de consejos que guiarían su vida. Se sacó un nueve y su promedio general fue 7,81. Estaba muy bien, pero el fin de su carrera no fue motivo de gran algarabía; era, más bien, el alivio de pagar una deuda, de terminar con algo que, suponía, les debía a sus padres. A mediados de diciembre Soledad volvió a prepararse la mochila azul y roja.

Ilha do Mel era un lugar casi salvaje, con apenas algún coche y poca electricidad y mucha naturaleza desbocada y el mar turquesa y casas muy modestas. En esa isla Pablo tenía unos “parientes”: una familia lugareña medio india de padre y madre y siete hijos, que lo había alojado un año antes. En diciembre uno de esos hermanos había abierto un barcito en la playa: Pablo quedó conchabado para atender las mesas, Soledad cocinaba con utensilios muy precarios y los dos dormían en un cuartito del fondo. Allí pasaron Navidad y Año Nuevo: todo sonaba idílico hasta que empezaron las peleas con la mujer del dueño y los problemas para cobrar sus sueldos. Al cabo de un mes lo dejaron: casi enseguida Soledad se consiguió otro empleo.

“Cuando llegamos a la isla todos me conocían, tenían la mejor onda conmigo. Pero después de un par de semanas toda la onda era con ella: Sole era increíble, afectuosa, divertida, todos la querían. Así que enseguida pegó otro laburito que era de limpiar y cuidar las plantas del quintal de la mina de al lado”, dirá Pablo Rodríguez. “Yo le hice la cerca. Pero la mina que nos contrató nos quiso pagar menos. Yo esas situaciones las dejo pasar y trato de hacer otra cosa, apostar a cosas independientes, no pretendo vivir de ponerle una cerca a un rico. Pero Sole tuvo quilombo, porque ella lo había hecho a full, súper responsable, le gustaba hacer las cosas bien... Era muy buena onda, muy trabajadora, siempre buscaba tener un laburito, dar una mano. A mí a veces me molestaba un poco porque yo sentía que cuando vale la pena es copado, pero cuando no es reconocido, como con esta vieja, no sirve. Y la mina le quería pagar la mitad de lo que habían quedado y Sole -mirá que no se rayaba nunca- le tiró unas bolsas de basura y la mina hizo la denuncia en la cana y tuvimos que hablar con el único policía que hay

ahí... Igual el cana no hizo nada, son conflictos chiquitos. Creo que nos dijo que recogiéramos la basura. Fue una reacción de bronca juvenil. En realidad era una boludez, porque la mina podría haberse quedado en el molde, y nosotros peleábamos por 20 pesos y teníamos 500 en el bolsillo. Era más bien algo moral”.

Pablo y Soledad se habían mudado a una cabaña en el morro, en una zona de reserva ecológica. Estaban contentos: ahora sí tenían un lugar propio y lo fueron arreglando, armando entre los dos. Se hicieron muebles, organizaron una huerta. Un poco más allá, en el medio del monte, un colombiano se había apropiado de tierras ajenas y las llenaba de basuras. Pablo y Soledad se unieron al pequeño movimiento local que intentó contenerlo: tras unos días de asambleas, trámites y amenazas, consiguieron desalojar al colombiano. Era un triunfo muy menor pero era un triunfo, y los llenó de placer. -¿Viste que a veces sirve, Sole, juntarse con la gente?

Soledad se rió: no solía ser su estilo. Pero le encantaba ese lugar, esa vida silvestre.

“Lo que me contó fue que terminaron en una isla donde había sólo gente del lugar”, dirá su amiga Sole Vieja. “Ella me los pintó como indígenas. Ahí saltaba la inocencia de Sole. Por ejemplo, decía que la mayoría de las personas que vivían en este lugar estaban en bolas. A Sole le parecería que lo más natural era estar en bolas con ellos. En bolas significa literalmente en bolas. De repente tenía peloterías terribles con Pablo porque él le decía ‘loca, más allá de que sean indígenas y vos lo veas como algo inocente, no dejás de ser una mujer’. Ella no lo veía así y se peleaban. A ella le parecería que era fashion, andá a saber qué pasaba por la cabeza de Sole. Después cuando llegaron seguía con la misma historia y yo les decía que no podía creer que se sigan peleando por esa boludez. Ella sentía como que Pablo no la podía ver con la misma pureza que la veían los indígenas, una cosa así”.

Esas peleas menores no empañaban el bienestar general de esos días tropicales. Algunas noches hacían planes: quizás podrían comprar esa cabaña, quedarse para siempre.

“Habría sido tan lindo”, dirá Pablo Rodríguez. “Hablabamos de quedarnos ahí, hacernos un lugar, tener una huerta, un par de caballos, hasta llegamos a hablar de tener hijos juntos. Pero después de que pasaron los carnavales yo tenía que resolver un par de cosas en Buenos Aires: el tema de mi perro y la cuestión de mi laburo, que yo quería ver si podía concentrarlo todo una vez por mes, para ir y volver. Entonces le dije que nos fuéramos por unos días a Buenos Aires; Sole no se quería volver. Me dijo que estaba bien ahí, que se quería quedar y yo le dije que no la iba a dejar sola ahí. Un poco entre los dos resolvimos dejar las cosas armadas allá, pero ella no estaba muy convencida: decía que tenía miedo que los viejos no la dejaran volver: ‘Mirá, yo tengo miedo porque a mí siempre me manejan y me es difícil salir de ese lugar’. Y yo, como un boludo, le dije que eso era algo que ella tenía que resolver hoy o mañana. Si ella de verdad lo quería, de últimas iba a haber un enfrentamiento, pero si es lo que querés lo defendés. Además estábamos muy bien, nada hacía prever el desenlace que hubo”. A fines de marzo Soledad y Pablo armaron sus mochilas, cerraron la cabaña y se volvieron a Buenos Aires por unos días. En un mes, a lo sumo en dos, volverían a su playa brasilera.

En la noche del 11 de marzo de 1997 alguien tiró una bomba molotov contra el portal de la iglesia de San Vincenzo en Giaglione, en el Valle de Susa. La puerta sólo tuvo chamuscones; junto a ella aparecieron unos volantes firmados por una organización desconocida: Lupi Grigi, armata delle tenebre e vendetta dei poveri -”Lobos Grises, ejército de las tinieblas y venganza de los pobres”.

Era el séptimo atentado en el Valle, y el primero firmado por los “Lobos Grises”. Otros dos habían sido reivindicados por una organización “Val Susa Libera” y uno por un “Fronte Armato Val Susa”; todos ellos habían consistido en pequeños incendios de maquinaria e instalaciones de empresas ligadas al TAV o la SITAF, la concesionaria de la autopista que atraviesa el Valle. Una de las pintadas englobaba al “TAV, RAI, políticos = mafia”.

Una semana después, el 18, también en Giaglione, el octavo atentado: desconocidos volaron con dinamita parte de la cabina desde donde se controlaba la iluminación y la ventilación de un túnel de la autopista. Los daños se calcularon en 50.000 dólares, y los diarios hablaron de un “salto cualitativo”

de los sabotadores. La pequeña bomba fue detonada a distancia y los responsables “eligieron sin tardanzas entre las cuatro puertas de la cabina para dirigirse justo a la que contiene las conexiones de tensión media... Eran personas expertas o muy bien informadas. Antes de poner la bomba desactivaron el mecanismo automático que pone en marcha un generador de reserva, para estar seguros de interrumpir el servicio”. Además era la única cabina de control de la autopista que no tenía ningún sistema de alarma. Nadie firmó la operación.

El “salto cualitativo” tampoco llegó a los diarios argentinos: Soledad Rosas seguía sin enterarse de esa historia que, de todas formas, no le habría interesado en lo más mínimo.

Hay momentos en que todo se acelera: hechos se precipitan, arrecian las sorpresas. En abril de 1997 María Soledad Rosas estaba por cumplir veintitrés años y a veces les decía a sus amigas que ya le había llegado la hora de dejar de ser una nena. Lo estaba haciendo: tenía un novio con quien se entendía pasablemente bien, ese proyecto de vivir con él en una playa brasilera, algún dinero para ponerlo en marcha. Su vida parecía encarrilada.

-Todo bien, pero tenemos que conseguirnos un lugar para vivir, Pabli.

-Sí, seguro. Aunque sea por estos días, mientras arreglamos todo para volvernos.

-¿Y si nos vamos a Villa Rosa?

-Por mí, genial.

“Entonces fuimos a ver a los padres de Sole a la quinta y les dijimos que todo eso era provisorio, que nos volvíamos a Brasil, pero si mientras tanto podíamos vivir ahí, ya que ellos no estaban nunca”, dirá Pablo Rodríguez, su ex novio. “Y de paso la cuidábamos, ellos siempre nos hicieron laburar, cortar el pasto, la tenían muy bien acostumbrada a Sole. Y ahí la vieja dijo que no aceptaba el concubinato. De hecho, un día que fuimos a dormir ahí nos quería poner en camas separadas. Yo no iba a coger estando los viejos ahí, no soy tan moderno, pero dormir en el living... Aparte era ridículo porque veníamos de meses de vivir juntos. Y además, ellos habían aceptado esa relación terrible anterior con ese pibe que le pegaba, aunque no durmieran ahí”.

-Yo quería vivir unos días en la torre del jardín, acá, con Pablo.

-No, Solita, para vos sola sí, claro, pero si te vas a venir con ese pelotudo no, ni lo traigas acá.

Le contestó su padre. “Por ahí yo soy muy bestia en mi forma de decir las cosas, está bien”, dirá Luis Rosas, “pero es mi forma de ser y no la puedo cambiar”.

“En parte era mejor porque no se nos mezclaban las cosas con los viejos”, dirá Pablo Rodríguez.

“Pero nos quedamos en bolas; Juan y Silvia Gramático nos apoyaron y nos propusieron ir a su casa. Dormimos un par de días ahí, no me acuerdo bien, y al final ellos averiguaron de un terreno con una casita, allá a la vuelta. Era de un tipo que iba los veranos con los amigos y tenía cancha de fútbol, pileta, un baño y un cuartito: como se venía el frío nos lo alquiló por cien mangos. La situación era muy ridícula porque alquilamos un lugar enfrente de la quinta de los viejos de Sole, que iba a estar vacía toda la semana. Pero empezamos a vivir ahí. A mí me quedaba lejos y teníamos que arreglar bien los horarios. Y la vieja se empezó a quedar todos los días en la quinta. Llegaba el viernes, se iba el miércoles, y cuando se iba le decía a Sole si no quería irse con ella. Pero la situación no era ‘yo no quiero que estés con ese flaco’. Era ‘hola, buen día, por qué no vienen a comer unas facturitas a casa’. Y Soledad para hacer sus cosas también iba a su casa. Cada vez pasábamos menos tiempo juntos, Sole y yo: nos estaban cagando”.

“Pablo era macanudo”, dirá Juan Gramático, su vecino de Villa Rosa. “La casa donde estaban era de un amigo mío. Y los viejos de Sole tenían el grito en el cielo. Iban y le rompían las bolas a ella, ‘mirá dónde estás, cómo estás viviendo’, y esas cosas. Pero yo a ellos los veía bien. El problema que tenía la relación eran los viejos, que no aceptaban al flaco. Ellos pensaban que ella se tenía que casar con un tío con guita, con un flaco cool. Pero no se les daba, porque a la piba le gustaba otro estilo de gente. Sole era una pendeja linda, inteligente, sensible, muy solidaria, copada. Y bueno, era una situación incómoda”.

“Yo lo que quería era verla feliz”, dirá Marta Rosas, su madre. “Me parece que Sole creía que era la madre Teresa, que le podía resolver los problemas a todo el mundo, y ni siquiera podía con los propios. Para mí habría sido suficiente ver a mi hija feliz. No me importa si tiene que trabajar veinte horas, si el tipo es un barrendero. Lo importante es verla a ella contenta, dichosa. Pero no con gente que ella tenga que estar mandándolos a trabajar o consiguiéndoles trabajo, comprándoles ropa, dándoles el coche para que vayan a hacer esto o lo otro. De todos modos tengo que reconocer que, de todos los personajes que yo le conocí a Sole, éste era el que mejor la trataba. La trataba con afecto. Pero Sole no era la mamá. Tampoco podés estar enamorado de una persona que... es lo que ella decía: ‘le tengo que decir que tiene que hacer esto, que vaya a buscar tal cosa, que haga tal otra, a mí ya me tiene podrida una cosa así’”.

“Para mí era un buen tipo”, dirá Soledad Echagüe. “La cuidaba mucho. Yo notaba que él le tenía mucho amor, de mimarla, cuidarla. Él se agarraba muchas broncas porque sentía esas interferencias de los viejos de ella. Eso traía quilombo. Quizás yo los entiendo a los viejos de Sole, porque ellos esperarían algo mejor. Sole, justamente por esa cosa de su autoestima tan baja, se enamoraba de todos como si fuera el último. Creo que a los viejos les daba pánico eso, que se enganchara definitivamente con un tipo como Pablo, y se enroscaron mal con él. Es como esa amiga mía que cuando habla de la novia del hijo le dice la chirusa. En realidad todos los padres tenemos una cosa así de que la novia del nene siempre es una chirusa. El novio de la nena siempre es una basura, ella siempre se merece algo mejor. Creo que uno se merece lo que tiene, al menos en el momento en que lo tiene. No te olvides de que Sole era una nena. A los veintidós años estás un día enamoradísimo y al siguiente no te lo bancás y a los tres días no podés vivir sin él. De hecho, le pasa a gente mucho más grande. Creo que en ese aspecto los viejos, en su afán de protegerla, no la dejaron probar sola. Tenían mucha influencia sobre Sole, y Sole aparte era muy influenciable. Todavía no estaba muy formada en su carácter, aunque también era una pendeja con ventajas muy notorias para su futuro. Cuando la conocí, lo primero que pensé fue ‘ésta es una mina que nunca se va a cagar de hambre’. Era una busca. Súper laboradora. No le gustaba tener que pedirle nada a los viejos. Al revés: ella estaba preocupada si llegaba el cumpleaños de la vieja, del viejo, el aniversario, qué había que comprarles, qué había que regalarles. Era una mina muy generosa, creo que eso es algo que se les ve a los seres humanos desde que son chicos y es algo muy importante. Sole tenía todas esas cosas que iban muy a su favor. Pero por otro lado también era una niñita que había vivido con sus viejos toda la vida, muy cuidada. Por eso todavía era muy maleable. En muchas cosas todavía le faltaba crecer. Era una adolescente, todavía”.

La casa era tan simple como aquella cabaña brasilera: chiquita, precaria, su lujo era una cama de bronce, muy trabajada, antigua, que les había regalado Sole Vieja, pero el baño era confuso y había que cocinar en la parrilla al aire libre. No era grave: la querían por poco tiempo, hasta que pudieran arreglar todo para volverse a su playa tropical, y no importaba. Todavía no importaba.

Pablo no conseguía solucionar sus cuestiones de trabajo: Hacia un parto con amor, el programa de su madre, estaba en peligro y los tiempos se le alargaban. Sin esa fuente de ingresos no tenía dinero para irse a Brasil. Había alternativas: Soledad compartía aquel coche con su madre y pensaron que lo podían vender para bancar el viaje. Soledad estaba de acuerdo pero quería que él también aportara su parte. Y eso los complicaba.

“Él la jodía para que se volvieran a Brasil, a quedarse”, dirá Gabriela Rosas, su hermana. “Sole no estaba muy convencida de vivir con él, aunque nunca decía nada porque ella siempre parecía muy enamorada de sus novios. Era muy buena, muy dulce, recariñosa, esas personas que están todo el tiempo abrazadas, besadas y colgadas. Después venía a hablar conmigo y pasaba el libro de quejas: ‘no hace esto, no hace lo otro, no se pone las pilas’. Soledad era muy pilas, cuando se le ponía algo en la cabeza sacaba todo adelante. Si quería juntar guita para viajar laboraba de lo que fuera. Para la casa también: vivían en un ranchito de dos por dos y ella lo tenía relindo. Tenía un parque grande y Soledad lo cuidaba, cortaba el pasto, limpiaba la pileta. Se ve que Pablo era más colgado, más de sentarse bajo la

palmera y ver cómo Soledad cortaba el pasto. Y ella venía y se quejaba. Ahí ya te dabas cuenta de que no iba a durar mucho la historia”.

En la casita de Villa Rosa, la burbuja brasilera empezaba a romperse. Soledad tenía sus actividades: le enseñaba inglés a Silvia Gramático, preparaba con ella otra obra de teatro, ayudaba a bañar o pelar o castrar perros para hacerse unos pesos, visitaba en un geriátrico de Parque Patricios a su abuela, en la cárcel a su amigo Claudio -que había caído por un robo ingenuo: una tarde dejó su moto en la vereda de una remisería, se tomó un remise, lo llevó hasta un paraje solitario y lo asaltó. Después se volvió a la remisería a buscar su moto y lo agarraron de las pestañas: se pasó varios años en la unidad penitenciaria del Borda.

Soledad hacía muchas cosas, Pablo muchas menos, y tenía la sensación de que la iba perdiendo día tras día. “Cada vez teníamos menos tiempo para estar juntos”, dirá su ex novio. “No sé cómo se fue dando todo pero fue una mierda. Sole me decía que me estaba esperando a mí, que cuando yo dijera nos íbamos de nuevo. Y yo no podía resolver las cosas y también quería que se diera cuenta de lo que estaba pasando, y que me apoyara. Yo manejé la situación como un boludo. Entonces un día salió todo mal, ella esperaba que le dijera que nos íbamos la semana que viene y yo no podía arreglar lo del laburo ni la guita ni nada. Entonces agarré y le dije ‘la verdad es que con todos los quilombos que tengo siento que no me entendés, me parece que así no vamos a ningún lado, mejor veamos qué nos pasa a nosotros’. Y ella se puso mal y empezó a ver que el viaje ya no estaba tan seguro. Y ahí vino todo un laburo de los padres de hablar con Silvia y las convencieron a las dos de que se fueran juntas. Entonces Soledad vino y me dijo ‘mi papá me regaló el viaje a Italia’. Y yo le dije ‘cómo puede ser si vos no vas a Italia sino a Brasil conmigo, y aparte te lo regala con tu guita, si tu viejo no está laburando...’. Era una situación loca: se empezaba a cumplir lo que ella me había dicho en Brasil. No podía controlar la presión de los viejos. Es como si te estuvieras por casar con una mina y tus viejos te regalan una semana con Moria Casán en Tailandia. Puede estar bueno, pero no tiene nada que ver con tu proyecto: de golpe te lo cambian todo, te revientan la vida”.

Me pregunto de nuevo qué le preguntaría -si la encontrara, si pudiera encontrarla, qué le preguntaría. Que es como preguntarme: de todas las ignorancias, ¿cuál es la que más fuerte me amenaza? Porque sé que mis blancos serán los blancos de ella: mis ignorancias, vacíos en su vida. Temo ese azar: el descontrol de lo que pueda saber o no saber, la casualidad escribiendo no sólo una vida: también el relato de esa vida. Aunque me consuele pensando que llegaré a saber lo decisivo, aunque lo intente, me queda todo el tiempo aquella duda: ¿cómo saber que no se esconde, en alguna ignorancia, una clave perdida, la que le daría por fin a todo su sentido? Y me río al ver que sigo pensando, todavía, sin querer, que todo tiene uno.

7. LA PARTIDA

Fue una tarde de principios de mayo. Soledad estaba en la casa de su hermana Gabriela, dos ambientes al final de un largo corredor en un PH en Caballito. Las dos hermanas, su madre y Silvia Gramático, la Gringa, tomaban mate con facturas; Soledad y Silvia habían estado charlando de una obra que pensaban hacer y ahora Soledad esperaba que Pablo la pasara a buscar. Él le había dicho que llegaría a las seis pero ya eran las ocho: Soledad se dejaba ganar por el cabreo. Su madre vio una oportunidad: -Sole, ¿por qué no te tomas un tiempo para pensar un poco esta relación? Si se ve que no estás bien, nena, pensalo.

-Mamá, ya se va a pasar, no te metas.

-Se me ocurre una idea.

Dijo Marta Rosas y sus dos hijas la miraron curiosas: sabían que ese prólogo presagiaba algo serio.

-Bueno, viste que la Gringa se va a Italia el mes que viene. Nosotros te queríamos a regalar un viaje

por tu título. ¿Por qué no te vas con ella a Europa? Estoy segura que papá está de acuerdo.

Marta ya lo había hablado con su marido. Soledad se quedó callada unos minutos: las otras tres mujeres la miraban y el mate había dejado de correr. Silvia se sumó:

-Dale, Sole, venite. La vamos a pasar genial, en serio, vas a ver.

Soledad siguió callada. Después dijo que por qué no, que podía ser, pero que primero tendría que solucionar el tema de la jura en la Universidad y un par de asuntos más.

-Eso se arregla, Sole, no te preocupes. A mí me parece que te vendría bárbaro. España, Holanda, Italia, imaginate. Europa, Sole, imaginate.

“Soledad no sabía, estaba muy indecisa entre irse y no irse”, dirá Gabriela Rosas. “Y entre todos la convencimos. Ella estaba en uno de esos momentos en que se paralizaba. Cuando no sabía qué hacer se paralizaba y se deprimía. Dejar al novio era como traicionarlo: ella se comprometía mucho con las personas, y después le costaba dejarlas, aunque la hicieran sufrir, ella siempre era un poco madre. Tenía ese rol de cuidarlos, protegerlos, consentirlos. Con Pablo le pasó un poco eso. Y el otro lloraba: ‘yo sin vos no soy nadie’. Parecía una novela venezolana. Y además tenían ese proyecto de irse a Brasil. Finalmente el argumento que le dije fue ‘no perdés nada, cuando quieras te podés volver, el pasaje lo tenés abierto; si ves que lo extrañas y no aguantás, te tomás el primer avión y te volvés. Tenés la posibilidad, te regalan el pasaje. Andá, conocés, paseás un poco con Silvia’. Soledad la adoraba a Silvia, siempre le decía ‘si yo hubiera podido elegir una mamá, te hubiera elegido a vos’. Yo realmente creía que ella no tenía que perderse esa oportunidad. Y me dijo ‘sí, tenés razón’ y ahí empezó a averiguar por el pasaje. Lo mío no era para separarla de Pablo porque, la verdad, yo no tenía nada a favor ni en contra de él. No, eso lo pensaron mis viejos”.

El 3 de mayo fue el cumpleaños de su madre, fiesta familiar: los Rosas comiendo empanadas en Villa Rosa, conversando, riéndose, comentando el próximo viaje de la nena.

“Nos vimos ahí, en Villa Rosa, y ese día yo le recliné por esa vez que me había dicho que yo era standard: ella ni se acordaba”, dirá Cecilia Pazo, su prima. “Eso me había dolido mucho. Yo no creo ser así y si soy, no creo que esté mal tampoco. Pero me pegó porque me pregunté ‘¿y si tiene razón ella y la verdadera vida es la alocada de ella, y no la mía?’. Me acuerdo que me vino a abrazar y yo le dije ‘salí de acá. ¿Para qué querés estar conmigo si soy una mina standard?’. Me hice la estrellita. A mí me había pegado pero ella ni se acordaba. Se lo recordé y ella no podía creer que me hubiera dicho eso. Me dijo ‘¿sabés cómo me gustaría ser standard, a mí? No sabés cómo me gustaría’”.

“Entonces nos planteamos qué hacíamos, si seguíamos o no”, dirá Pablo Rodríguez, su ex novio.

“Ella estaba más con toda la historia de irse a Italia y yo no sabía qué hacer. Yo la quería mucho a ella. Me sentía presionado por la situación, y tampoco estaba bien. La amaba pero no me gustaba bancarme estas cosas. Empezaron los desencuentros. Una noche habíamos tenido una discusión, yo le decía que nos estaban separando. Ella no me dio bola y yo no dormí en toda la noche. Después vomité sangre. Me sentía remal. Ahí sentí un corte. Ella estaba como envuelta, protegida en otra situación pero tampoco era un corte de rostro: ella dormía conmigo, ella me amaba. Al día siguiente tenía que ir a la cancha con un amigo pero al final me desmayé, no pude ni ir a la cancha ni ver a mi amigo. Me sentía mal pero quería estar con ella y me volví a la quinta. Ella estaba con los viejos y le dije que habláramos. Ella estaba como dura, como los viejos. Hablamos, me puse a llorar, le dije que la amaba, que tenía miedo de perderla. Ella no reaccionaba. Después estuvimos con los viejos hasta tarde. Nos fuimos a dormir juntos. Hicimos el amor. Toda una situación muy mezclada, de pelea-reconciliación. Un par de días después yo llegué como a las once de la noche y ella no estaba, entonces toqué timbre en la quinta y no me atendió nadie. Para mí era una trampa porque no era tan tarde. Me fui a dormir solo: ella me había dejado una nota diciendo que me amaba, que tenía miedo de que nos separen. Vino a la mañana. Me despertó. Hicimos el amor. Después no sé por qué carajo vino la hermana a hablar conmigo, a decirme que Sole me quería pero que ya tenía todo armado para irse a Italia, que para ella era difícil decírmelo. Ella insistía en que yo tenía que dejar que Sole haga su vida. Pero yo la

amaba. Siempre había actuado bien con ella y siempre quise lo mejor. Y ese día teníamos que dejar la casa porque había que devolverla y yo me tenía que llevar mis cosas y encima era el cumpleaños de este pibe Ezequiel, que lo iban a hacer en la casa de sus padres, de Juan y Silvia, ahí nomás. Yo la llamé a Sole, no me querían pasar el teléfono y me mandé para allá. Quería estar con ella”.

“Fue una fiesta muy linda”, dirá Gabriela Rosas. “Estaba Pablo, el novio de Sole, había ido una bandita a tocar. La casa de Silvia es muy abierta, si hay una fiesta parece más un bar que una casa. En esa época Ezequiel tenía una banda de músicos y habían ido a tocar. Habían hecho empanadas vegetarianas o pizzas, algo así. Había mucha gente. Pablo lloraba, no sé si estaba en pedo o qué. En un momento le agarró una depresión tremenda... Le había dado por el llanto y le decía ‘no te vayas, Sole, no te vayas’. Soledad lo consolaba y le decía ‘pero me voy por un tiempo, voy a volver, no te preocupes. Vos hacé todas las cosas que dijiste que ibas a hacer. Nos va a venir bien, porque así vos te ponés las pilas’. Había mucha gente. La mitad estaba en pedo y todos refumados, que el tipo estuviera llorando era un detalle”.

“Cuando llegué a la fiesta, a la casa de Juan, entro y ahí estaba Sole pintada, radiante”, dirá Pablo Rodríguez. “La situación era medio engañosa. La hermana le había dicho que no se ponga mal. Fui a hablar con ella y me encontré con ese cuadro, un montón de gente careteando. Después logré que venga a hablar conmigo, en el medio de toda la gente. La cuestión es que le dije que nos dejáramos de joder. Le pregunté si había conocido a alguien, qué pasaba. Le pregunté si me amaba y ella se quedó callada. Ahí se me vino el mundo abajo. A veces las palabras sobran. Fue como decir ‘no sé’, pero yo lo tomé como ‘ya fue’ porque tampoco dejás de amar de un día para el otro. Me acuerdo que me levanté y me desmayé. Un garrón porque quedé como el pelotudo del año. Encima que me cortan el rostro, me desmayo. Estaba hecho mierda. Intenté ser fuerte y buscar un lugar. Un amigo me invitó a su casa. Y yo con mi perro. No es fácil convivir, en un departamento de un ambiente, dos tipos y un ovejero alemán”.

Desde agosto de 1996, los atentados en el Valle de Susa se sucedían a una cadencia más o menos regular de uno por mes, aunque sus objetivos, métodos y firmantes eran tan variados que nada permitía suponerles un origen único. El 8 de abril de 1997 una bomba muy rudimentaria dañó un nodo de comunicaciones de la Telecom: será la última acción reivindicada por los Lobos Grises. Que, el 20 de mayo, pegaron en la estación de tren de Meana un volante extrañamente pro-francés: “Mejor pagarles impuestos a los franceses -pocos- que a estos tanos macarrones y mafiosos”.

El 21 de mayo, desconocidos quemaron una perforadora en las obras de prospección del TAV en Mompantero y, a unos kilómetros de allí, la misma noche, hicieron saltar con dinamita los pilares de un repetidor de la televisión de Berlusconi. Nadie reivindicó las acciones: lo más extraño fue que los dinamiteros conocían la posición de una cámara de video pequeña y escondida que los carabinieri habían instalado para filmar posibles agresores. Los dinamiteros empezaron por mantenerse fuera del radio de acción de la cámara; cuando se acercaron, la dieron vuelta para que no los filmara y la volaron de un escopetazo.

Soledad, por supuesto, siguió sin saber nada. En realidad, nadie se enteró del detalle de la cámara: la policía italiana, prudente, lo mantuvo en secreto. Meses después un volante de los Lobos Grises reivindicaría esa acción y diría que habían hecho saltar la cámara porque la vieron sobre un container y temieron que los hubiera filmado; visiblemente los que escribieron ese volante no habían estado allí: la cámara nunca estuvo encima de un container.

María Soledad Rosas juró su título de licenciada en Administración Hotelera en el anfiteatro de la Universidad de Belgrano el 27 de mayo de 1997: cuatro días antes había cumplido, sin grandes festejos, veintitrés años. Esa tarde se puso un pantalón y un suéter elegantes de su hermana Gabriela y sus padres la acompañaron y se emocionaron, pero Soledad tenía la cabeza en otra parte: el 22 de junio saldría para Milán con su amiga Silvia Gramático. Su padre le decía que se llevara su título, que

le podía servir; ella lo haría, pero no pensaba que su viaje sería de esos en los que un título así podía tener utilidad.

Su pasaje estaba abierto por seis meses: Soledad tenía que volver a Buenos Aires hacia mediados de diciembre y había planeado su viaje en consecuencia. Los dos primeros meses las dos mujeres trabajarían en los Alpes italianos: los parientes de una vecina de Silvia tenían una hostería en un pueblo llamado Alpe Devero y necesitaban personal para la temporada de verano. De allí se irían a Munich, donde se tomarían un avión hasta Londres y de ahí hasta París. También tenían escalas en Madrid y Amsterdam: un tour casi completo y, aun así, quizás no resultara suficiente.

“Soledad había vivido toda la vida con su mamá y su papá, que la cuidaban como a la luz de sus ojos”, dirá su amiga Soledad Echagüe, Sole Vieja. “Cuando salía de la casa de mamá y papá, por más que hiciera bardo y se enganchara con lo que se enganchara, siempre volvía y ahí estaba protegida. Si no eran sus viejos, era yo o su hermana Gabriela. Era una niñita cuidada por todos. Creo que tenía una gran necesidad de cortar el cordón y el viaje era una posibilidad muy fuerte de cortarlo. Entonces yo siempre tuve esa idea de que iba a volver pero que iba a tardar más que lo que les decía a los viejos. Me parece que en ese momento había algunas rencillas con ellos pero no era nada importante: boludeces. Los viejos también en ese momento tenían una posición un poco contradictoria. Probablemente ellos no lo recuerden en su lugar de padres, pero tenían esa cosa de ‘andate pero volvé, andate pero quedate, andate para olvidarte de Pablo pero no te olvides de mamá y papá’. Por otro lado, ojo que yo los adoro, pero ellos eran padres muy obsesivos. Y Sole era la eterna rebelde: ella tenía que estar en contra de algo, no importaba qué. Por otro lado, ella muchas veces les decía a los viejos lo que ellos querían escuchar porque estaba en esa etapa en la que los viejos te hinchaban las pelotas y no tenías ganas de que te manejen la vida. Por eso si los viejos querían escuchar que Sole volvía en seis meses, Sole les iba a decir que volvía en seis meses. Tampoco lo veo mal. Me parece que es parte de la edad”. “Soledad cuando se fue estaba buscando, no sabía qué quería”, dirá Gabriela Rosas, su hermana. “No sabía hacia dónde ir, no tenía una conexión con el mundo más allá del cariño que sentía por las personas que la rodeaban. Estaba buscando. No sentía ningún orgullo ni satisfacción por su carrera, era como una obligación más que cumplió. No sé si buscaba conscientemente, pero el espíritu del viaje... No empezó a organizarlo entusiasmada. Pero cuando se iba acercando el momento le iba encontrando sentido y se fue pensando que algo iba a pasar. Como ‘no esperen nada más de mí, ahora me voy, soy yo y que nadie me rompa más las pelotas, ni mis novios ni mis padres ni mi hermana’. Como que sabía en algún lado que era un cambio importante. Ella tenía una necesidad enorme de alejarse de la familia, de papá y mamá. Y quizá de mí también, porque yo en ese momento era muy papá y mamá”. Los primeros días de junio Soledad no paraba. Se despidió varias veces de sus amigas y amigos, tuvo que legalizar sus documentos, preparar los detalles de su viaje. Su equipaje tenía que ser ligero: su mochila sería la misma de siempre, la azul y roja, la que usaba para ir de casa en casa esos últimos tiempos. Y la fue llenando de lo mismo de siempre: calzas, remeras, un par de mallas, pantaloncitos cortos, dos jeans, una camisa de colores, un pulóver a rayas, un buzo gris, las alpargatas. Gabriela la ayudaba: -Pero no, Sole, qué te vas a llevar esa remera. Si es un trapo de piso.

-Gaby, no me rompas.

-¿Y no te vas a llevar ropa de abrigo?

-¿Para qué? En cuanto venga el frío en el norte yo me voy al sur, al Mediterráneo. Ni en pedo voy a pasar frío, yo, allá. Yo no voy para eso.

Sí metió dos cepillos de dientes: Soledad se los lavaba varias veces por día. Y el cepillo del pelo y su walkman y varios cassettes con música étnica de indios del Amazonas y de México y de Mano Negra y los Redondos y el libro de Galeano y varias fotos de su familia y sus amigos y, enrollado en un tubo de cartón, su diploma. También tenía, en un bolsillo escondido, 2.000 dólares en traveller-checks que había comprado en la agencia Thomas Cook: lo suficiente para mantener cierta autonomía durante el viaje. Dejaba, en su caja de ahorros, otros 6.000, por cualquier cosa. Se los había ganado trabajando.

“A ella le encantaba viajar y además tenía facilidad con los idiomas”, dirá Marta Rosas, su madre.

“Sole no iba demasiado atada a tener que trabajar. Tenía disponibilidad económica como para poder tomarse los seis meses de vacaciones sin ningún problema, pero si podía ir trabajando a medida que conocía era bárbaro. A mí me parece que viajar es lo mejor que te puede pasar, cómo te relacionás, cómo te manejas aprendiendo idiomas, conociendo gente y lugares que realmente te enriquezcan. Para ella ese viaje iba a ser una oportunidad única”.

Pablo Rodríguez la buscaba como un alma en pena. Pero cada vez que la llamaba por teléfono alguien le decía que ella no estaba, que le dejara un mensaje, que ella lo llamaría. Hasta una vez en que escuchó su voz en el auricular. Su saludo fue confuso: estaba demasiado nervioso. Después le dijo que necesitaba verla.

-Yo te entiendo, Sole, te entiendo, pero me quiero matar. En serio, estoy reangustiado, no te lo digo para amenazarte. Tratemos de que esto sea de otra manera, que podamos vernos, charlar y que pueda encaminar mis cosas más tranquilo.

-Ahora no puedo hablar, hay gente. Pero si querés podemos encontrarnos el jueves, a la salida del geriátrico.

“Ella estaba divina”, dirá Pablo. “La invité a comer una pizza, tomamos un par de vinos. Ahí charlamos bien, después de un montón de tiempo, sin familia ni historias de por medio. Le dije que no podía entender que nos esté pasando esto, que debería haber hecho algo terrible para que esté pasando esto, no podés ser tan hija de puta, decime qué pasó. Yo me quería matar. Ella se puso a llorar y me dijo que se había encontrado con Gabriel y se había dado cuenta de que lo amaba”.

“Sí, parece que antes de irse se encontró un par de veces con Gabriel Zoppi”, dirá Gabriela Rosas. “Él le pidió perdón por todo lo que le había hecho sufrir y ella le dio bola. Sole siempre dejaba todas las puertas abiertas. ¿Viste esas personas que no pueden decir que no a nada, que siempre están dispuestas a proteger, cuidar, atender? Le costaba mucho romper un vínculo con alguien. Generalmente cuando rompía algún vínculo era porque la cagaban a ella o porque sus amigas la peleaban. Si dejaba de ver a una persona era porque el otro había decidido no verla más, si no, ella siempre iba a estar, a volver, iba a llamar por teléfono. Y con Gabriel fue así. No sé exactamente qué se dijeron, pero sé que fue así”.

Son puntos de vista, versiones que difieren: “A mí me daba casi envidia, parecía que ella cortaba con un novio y nunca estaba mal”, dirá Josefina Magnasco, su amiga del colegio. “Por ahí el que quedaba mal era el otro. Y ella le daba para adelante, y a la semana se enganchaba a otro. Iba pasando de uno a otro. No era una persona que se quedara lamentándose. Era protagonista, hacía que su vida cambiara. Y era demasiado buena. Por eso a veces la pasaban por arriba. Yo la pinchaba para que fuera un poco más mala, porque la gente no es tan buena. Ella si tenía uno, te daba uno. Te invitaba a dormir a la casa y dormía en el piso. Un corazón enorme”. Un corazón enorme.

“Él fue el que me contó todo”, dirá Marta Zoppi, la madre de su ex novio. “Todo, que ellos se habían prometido cuando se vieron un mes antes de que ella se fuera y como que hicieron las paces, Soledad y Gabriel”.

“¡Con Gabriel, hermano, con ese hijo de puta!”, dirá Pablo Rodríguez. “Si ella me hubiera dicho que había conocido a otro flaco, yo lo hubiera aceptado. Pero después de todas las movidas era terrible que haya pasado eso. Un poco pienso que ni ella se lo creyó. Le dije que no le creía, no creo que después de esa historia de violencia vos vuelvas con él. Tampoco creía que el tipo diera una vuelta atrás. A mí me sonó como una cosa armada desde la familia. Sentí que era por todo el tema de la familia. Le dije que yo había tenido unos sueños, que tenía miedo por ella, que todo en la vida es un ida y vuelta. Creía que indirectamente todo lo que ella me estaba haciendo lo iba a pagar, pero no porque le estuviera tirando mierda, porque yo la amaba. Pero tenía miedo de que a ella le pase algo. Aquella vez la cosa quedó medio inconclusa. Habló por teléfono con la vieja delante de mí, le dijo que estaba conmigo y que ya habíamos terminado de hablar, tipo control. Yo la llevé hasta la casa. Esa fue la última vez que nos vimos. Le dije si quería que nos viéramos de nuevo y ella me dijo que ya íbamos

a arreglar. La tenían muy controlada y le habían dicho lo que tenía que hacer. Nos dimos unos besos y no sé ni lo que le dije. Sí sé que intenté hablar con ella después, no hubo caso. Después no sabía si había viajado o no. La llamé a Gaby y no me decía nada. Me decía que hay unas pastillas buenísimas, unas Rivotril que son bárbaras para la depresión. Andá a la mierda. Yo estaba remal. Me quise matar un par de veces: la angustia que tenía era terrible. Y lloraba y pensaba en nosotros y en la isla. Lloraba todo el tiempo, no comía, me bañaba una vez por semana. Un día me decidí y dije que no aguantaba más ese dolor. Cuando lo llamé a mi viejo me dijo 'y bueno, si te pasa eso escribí un tango'. Me quería matar. Hasta pensaba las formas de matarme. Un fierro no tengo, tengo que hacer una movida para conseguirlo. Con pastas no me cabe. Bueno, me tiro debajo de un tren. Un día fui a la casa de una familia de mi barrio y les iba a dejar los documentos. Esas cosas locas. Y cuando iba para tirarme, pensé en mi vieja. Pero ella es adulta y lo va a superar. Mi hermana también. Van a entender que mi vida es mía, que lo que sufro no me lo calma nadie y no puedo vivir así. Tengo dos hermanitos que en esa época tenían nueve o diez años. Pensé en ellos y dije no puedo, les voy a dejar un agujero que no van a entender nunca. Pasó eso. Después me empezaron a decir que vaya a un psicólogo”.

Me pregunto qué hubiera sido de ella en la Argentina. En la Argentina, entre tantos caminos que no hay, no hay caminos para la diferencia: aquí sus diferencias pasaban por historias de locura ordinaria, de capricho, de inadaptación. No hay, en la Argentina, esas formas de sublimar la diferencia, de transformarla en ideología y en camino que a veces ofrece el primer mundo. En la Argentina esas maneras de la diferencia suelen llevarte despacito a algún modo de la destrucción personal o del olvido: alguna droga, alguna enfermedad, otros tropiezos, la renuncia y la entrada en el mundo “normal” -que también se cierra más y más. Por eso, entre otras cosas, muchos argentinos quieren irse. Aunque también eso, quizás, deje de ser cierto en estos días en que muchas cosas dejan de ser verdad en la Argentina. Me pregunto qué habría sido de Soledad en la Argentina. Pero me tengo que preguntar en qué Argentina.

El domingo 22 de junio de 1997, el presidente Menem estaba en Nueva York y anunciaba cambios de ministros por las repercusiones del caso Cabezas, pero su jefe de gabinete, Jorge Rodríguez, confirmaba que el martes recibiría a Alfredo Yabrán en la Casa Rosada. En Jujuy miles de personas marchaban para protestar por la represión al primer piquete realizado en la Argentina, unos días antes, y los maestros recibían adhesiones tras su paro y movilización del viernes: 50.000 personas en la Plaza de Mayo. En La Plata, José Bordón y Eduardo Duhalde se encontraban para armar una alianza con miras a las elecciones legislativas de octubre y declaraban su apoyo al modelo económico del gobierno menemista; Chacho Álvarez reforzaba su campaña con una serie de actos en el interior: “tenemos que consolidarnos como la segunda fuerza electoral del país”. En las antípodas, Hong Kong se preparaba para pasar a dominio chino; en Hebrón, soldados israelíes herían con balas de goma y plomo a cuarenta palestinos que los habían atacado con piedras. Los líderes de los ocho países más ricos -reunidos en Denver, Colorado-, aseguraban que la economía mundial estaba mejorando; una de las principales compañías alemanas reconocía que durante el nazismo había fundido oro de dientes judíos y fabricado gas para las cámaras de la muerte. En Sucre, Bolivia, la selección argentina de Passarella perdía 2 a 1 con Perú y se caía de la Copa América; en Toronto, Diego Armando Maradona se entrenaba con Ben Johnson para preparar su retorno a Boca Juniors.

Hacia las tres de la tarde, María Soledad Rosas presentó su pasaporte 23.952.443, expedido en la ciudad de Buenos Aires el 9 de mayo de ese año, en la ventanilla de Migraciones del aeropuerto de Ezeiza. En la foto de su pasaporte, Soledad llevaba el pelo hasta los hombros con su raya al medio, la frente estrecha despejada, las orejas chiquitas, la ojos decididos, la nariz respingada, la boca semiabierta juguetona: linda, desafiante, entre la sorna y la dulzura, la timidez y la certeza. La mirada muy clara: como quien cree que alguna vez verá. El empleado la miró y le dedicó una sonrisa exagerada; Soledad se la agradeció y respiró hondo: ya estaba del otro lado. Su madre y su hermana habían ido a

despedirla; su padre dijo que a él no le gustaban las despedidas de aeropuerto. Su madre había llorado y le había hecho las últimas recomendaciones:

-Nena, llámame cuando llegues para saber qué tal estuvo el viaje.

-Sí, claro, claro.

Ya del otro lado, Soledad y Silvia se reían:

-Che, hasta último momento te van a dar consejos.

Pero todo eso había quedado atrás. El free-shop no le ofrecía nada que le interesara: Soledad miraba más bien a los demás pasajeros, el aire de ese embarque que la estaba llevando hasta otro mundo. Algo empezaba y, seguramente, sería mejor que lo que había pasado. Sin duda sería mejor que lo que había pasado.

“Cuando se fue, Sole no sabía lo que era ni lo que valía”, dirá Gabriela Rosas, su hermana. “No sabía nada sobre ella misma, no conocía algo de ella que pudiera parecerle bueno. Tenía esa cosa de no valorarse, de no quererse, de estar perdida en ella misma, como cuando una persona no sabe lo que es. No había un aspecto de ella que valorara, ni el cultural ni el intelectual ni el emocional. No había nada de ella que la definiera. Y me parece que eso sí lo encontró allá, lejos de nosotros. Creo que en algún lado ella sabía que se iba para no volver. Acá no dejó nada, no dejó un lugar que fuera suyo. En su habitación no había una foto, no había nada. En el camino, entre tanta ida y vuelta, había ido perdiendo sus cosas, su ropa, sus libros, en lo de una amiga, en lo de un novio. Era como que había ido deshaciéndose de todo y acá dejó muy pocas cosas. No tenía un lugar donde volver. Quizás no era consciente, pero en algún lado ella sabía que acá ya no había nada para ella”.